La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 3 DE AGOSTO DE 1891 — NÚM. 501

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



AYUDANTE DE CAMPO, cuadro de D. José Cusachs

(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

SUMARIO

JOSÉ CUSACHS

Y LA PINTURA MILITAR EN ESPAÑA

Rama especialísima del arte contemporáneo es la pintura militar, que como derivada de la de género, ocupa tan señalado lugar y ha cobrado tal importancia, que no se celebra exposición ó concurso sin que deje de tener en ellos digna representación. A la de tipos ó asuntos militares deben distintos artistas su justa celebridad, y probablemente Vernet, Gerard, Meissonier y otros más no hubieran logrado la respetuosa admiración de sus paisanos, si alentados por su patriotismo no hubiesen intentado representar, con el auxilio de su prodigiosa paleta, las glorias de su patria.

El pintor que pinta su tiempo aporta antecedentes para la historia, dice Stewens, y dentro del concepto de esa pintura, que si bien de género moderno, tiene antecedentes tan completos como lo son las obras de Velázquez y de Goya que retratan su época, grato es consignar para los que somos amantes de las glorias y tradiciones artísticas de nuestra patria que el famoso lienzo en el que el pintor sevillano supo representar un episodio, un triunfo de las armas españolas, cual es *La rendición de Breda*, no tiene precedente en los demás países, por cuyo motivo y aunque con posterioridad, Francia, Inglaterra, Alemania é Italia contaron con artistas distinguidos que, como David, Gerard, Vernet, Butler, Maclise, Adam, Crofts, Rosi-Escoti y Fatori, que dedicaron su habilidad é inteligencia á reproducir en sus cuadros las victorias de sus ejércitos, por hallarse en ellos condensadas las transformaciones políticas de sus respectivos pueblos, cabe á España la de haber sido la primera que dedicó á la pintura militar, por medio del primero de sus artistas, la preferente atención que merece la existencia de una clase que tiene á su cargo la honrosa misión de defender el territorio de la nación.

Cierto es que mientras en España hundíanse las artes con la riqueza pública, la revolución francesa en el encontrado choque producido por las nuevas ideas engendraba literatos y artistas que describían ó pintaban sus conquistas y que, cual si fueran savia regeneradora para el país, cobraron fuerza y desarrollo tan sorprendente que admira el número de ingenios que brotaron al calor de aquellas conmociones, que al repercutir en todos los pueblos de Europa fueron cambiando el modo de ser de aquellas sociedades. Los episodios más trascendentales de la revolución, como el *Juramento del juego de pelota* primero, *La muerte de Marat* después, y por último *El paso de los Alpes*, hallaron inteligentes intérpretes. Estas obras sirvieron de base para formar una nueva escuela, un nuevo género, una especialidad en la pintura, y á partir de aquella época, los pintores franceses han pintado las brillantes páginas de la historia militar de Francia desde Walmy á Malakoff, desde Solferino á Saint-Privat, desde Sebastopol á Gravelotte.

En tanto en España, y tras laboriosas y fructíferas etapas, fué iniciándose el renacimiento artístico patrio, y ora en el paisaje, en la pintura religiosa ó histórica y en la de género han ido alcanzando nuestros artistas señalados adelantos y logrando no escasos triunfos. A los Villaamil y Atienza suceden los Mercadé y Manzano, y unos rompiendo las duras trabas del convencionalismo extranjero ó dando los primeros pasos en el terreno del naturalismo, imprimen en el lienzo el vigor de la buena escuela española. Llega, por fin, la que pudiéramos llamar la edad de oro de la pintura en nuestro siglo; opérase en ella la revolución llevada á cabo por el malogrado Rosales, confirmada por la personalidad de Fortuny, y estos dos atletas del arte inician nuevos derroteros, destierran resabios y convencionalismos los esmaltes de la paleta, y señalan con la portentosa fuerza de su ingenio los nuevos conceptos del arte moderno. La prematura muerte de estos dos artistas, cuyos nombres significan dos glorias nacionales, produjo un período de vacilación; pero la savia creadora aportó sus fuerzas para el renacimiento del arte. Nuestros artistas, inspirándose en los ideales modernos, han llegado á comprender la necesidad de apoyarse en la filosofía y psicología social, que además de cultivar su espíritu, les conduce á la concepción de grandes ideas y al análisis de los grandes problemas, de esos dramas íntimos, nuevos y complicadísimos, que se esconden y desarrollan en los pueblos modernos.

De ahí que sin olvidar la senda trazada por Fortuny ni su admirable escuela, algunos de nuestros más distinguidos pintores hayan logrado verdaderos triunfos en la pintura de género y costumbres, únicos, tratándose de cuadros animados, que se hallan en armonía con los ideales estéticos de este siglo, pues es innegable que hay cuadro que dentro de la nota juguetona de nuestro carácter meridional – según atinadamente observa nuestro querido compañero Balsa de la Vega, – significa lo que un chiste de Quevedo ó una comedia del ático fraile de la Merced, Tirso.

La nueva subdivisión que en la pintura moderna representa la militar, inicióse en España por medio de lienzos aislados. Artistas tan distinguidos como Casado, Fortuny, Sans, Castellanos, Benlliure, Palmaroli, Sorolla, Barrau, Tusquets, Moreno Carbonero, Ferrán, Luna y Alvarez, no desdeñaron reproducir en sus cuadros escenas, tipos ó hechos en los que se representaban el modo de ser ó la acción de nuestro ejército, y algunos de ellos, como Balaca y Pellicer, dejaron con sus apuntes perenne recuerdo de las largas y penosas campañas del Norte y de Oriente, á las que asistieron como corresponsales de publicaciones ilustradas, siendo sus dibujos interesantes antecedentes para la historia contemporánea.

Sólo Marcelino Unceta asumió durante un largo período de tiempo el carácter de pintor de asuntos militares, ya que todos sus cuadros y dibujos hállanse inspirados en la historia de nuestro ejército durante la primera mitad de este siglo. Algún otro discreto artista ha seguido las huellas de Unceta, sin acometer, sin embargo, asuntos de gran composición: únicamente José Cusachs, en el que se hallan felizmente reunidas las aptitudes del artista y los conocimientos que deben poseer nuestros oficiales, ha logrado asumir la verdadera representación, tal cual se concibe en otros países, de la pintura militar. Y preciso es convenir que para imprimir ese sello de verdad que exige el arte moderno y que debe descollar en los cuadros de este género, es necesaria la posesión de cierta clase de conocimientos que han de ser desconocidos para los que no han profesado la carrera de las armas. De ahí que la mayor parte de los pintores no se atrevan á acometer asuntos complejos, que á pesar de ser bien concebidos, no podrían representar por carecer de antecedentes. Cusachs, á quién fué preciso renunciar á las ventajas que podía ofrecerle su carrera para dedicarse por completo á la vida artística, ha recogido ya verdaderos lauros y logrado, sólo con su esfuerzo y con su laboriosidad, notoria reputación, distinguiéndose en el género que cultiva. Y entiéndase que Cusachs emprendió tarde ya su nueva carrera, pues frisaba en los treinta años cuando en 1880 empezó á dedicarse seriamente al estudio del dibujo y la pintura, en la que realizó notables progresos. Hay que advertir que durante la época de sus estudios en el colegio de artillería de Segovia y después durante las campañas del Norte y Cataluña, como oficial ó al frente de su batería, hallaba medio, siguiendo su natural inclinación, para trasladar á las hojas de su álbum tipos y escenas, perspectivas de los campos de batalla, grupos de combatientes y curiosos apuntes que pudieron servirle para ejercitar sus facultades artísticas y sentar la base de ese género de pintura especial en que ha logrado distinguirse y singularizarse. Al terminar la campaña prosiguió sus estudios, aprovechando al efecto los intervalos del servicio de guarnición. Concurrió breve tiempo al taller del malogrado pintor Gómez y después al del célebre Detaille con motivo de su estancia en París, adonde pasó en uso de licencia. Las enseñanzas del pintor francés influyeron poderosamente en Cusachs, que sin descansar un momento y sin perder de vista el modelo, adelantó rápidamente, hasta el extremo de ser tan sensibles sus progresos que basta comparar sus obras para apreciar la rapidez de sus adelantos.

A su regreso de París emprendió el estudio del paisaje, no descuidando por eso la reproducción del caballo, elemento tan importante de la pintura militar, ni la del modelo, dibujando al lápiz ó á la pluma tipos de nuestros soldados, que reproducían con aplauso para el novel artista las publicaciones ilustradas. Por esta época, ó sea en el año de 1882, obtuvo el retiro de capitán de artillería, pasando al extranjero para continuar sus observaciones y estudios, después de haber pintado varios retratos de personas conocidas en la banca, la aristocracia y las artes. A su regreso y aquilatadas ya sus facultades, recibió el encargo de la casa editorial Sucesores de N. Ramírez y C.ª de componer una obra de índole militar, terminando su cometido veinte meses después. Veinte grandes cuadros y variados apuntes para intercalar en la obra fueron el resultado de su trabajo, que exigió del artista grandes alientos, penosos estudios y fecunda imaginación. La prueba fué ruda, difícil la ejecución, pero el resultado ha sido tan satisfactorio que no titubeamos en afirmar que *La vida Militar*, tal es el título de la obra, es un verdadero testimonio que honra al arte y á la literatura españolas, representados por dos distinguidos oficiales, Cusachs y Barado.

Difícil empresa sería para nosotros hacer mención de las bellezas que la obra encierra. Tal propósito exigiría mayor espacio del que podemos disponer. Bastará decir que todas las composiciones son verdaderos cuadros, en los que se revela la genialidad de Cusachs y su carácter asimilador, hallándose en ellas fielmente señaladas esas escenas y tipos militares de nuestro país, á los que el artista ha logrado dar vida y animación, cual si fueran arrancados de la realidad.

La estima en que se tienen sus obras demuéstranlo claramente los hechos, ya que algunos de sus cuadros han sido encargados expresamente y adquiridos, no sólo por los *amateurs* é inteligentes, si que también por monarcas tan ilustrados como el rey don Luis de Portugal y S. M. la reina regente, que adquirió el notable lienzo representando á *D. Alfonso XII y su Estado mayor.*

De carácter franco y abierto, cariñoso hijo y amante esposo, cuenta Cusachs muchas simpatías y numerosos amigos, que admiran en él al artista y al hombre de corazón. Robusto, de amplio torso, morena la color, cabello y barba negros, tiene en su aspecto un algo, que sin que puedan establecerse semejanzas, recuerda la rudeza, la leal expansión del Plasencia, de aquel gigante del arte. Nosotros, que nos honramos con su amistad, terminamos este sincero estudio felicitando al amigo y al artista por el triunfo que acaba de obtener en la Exposición de Berlín, en donde ha sido premiado con medalla de oro su gran lienzo titulado *Maniobras de división*, haciendo votos para que continúe produciendo obras de tal importancia, que al honrar al artista, honren el arte patrio.

A. GARCIA LLANSÓ

LA CADENA INVISIBLE

NOVELA ORIGINAL

Hubo una época, allá en los últimos tiempos del reinado de Luis Felipe, en que estuvo muy á la moda un restaurant elegante, medio escondido tras de un pequeño jardín, entre el Arco de la Estrella y la puerta del Bosque de Bolonia. Era aquel restaurant, que tenía el nombre de *Pavillon Royal*, punto de cita de la juventud dorada, después del paseo del Bosque, y algunas de las memorables fiestas que los salones del *Pavillon Royal* presenciaron fueron interrumpidas por la luz de la aurora que iluminaba el verde mar de follaje del Bosque frondoso, confundido á simple vista con el de Meudón, por encima del ancho Sena.

Una tarde del mes de Abril, los habituales concurrentes al *Pavillon Royal* fueron sorprendidos por la presencia en aquellos salones de una hermosura muy celebrada, de la que venía ocupándose todo el París que se divierte y que jamás había puesto sus pies en aquel sitio. Era una joven de belleza extraña, á quien rodeaba el más impenetrable misterio. El nombre que solía dársele era ya misterioso; se la llamaba *Resignación.*

Tendría próximamente vientidós años; su abun-

dante cabellera y sus grandes ojos aterciopelados eran más negros que una noche sin luna ni estrellas; había en su cuerpo una elegancia natural indescriptible y una gallardía como la que distingue á esas airosas figuras de mujer con que el pincel de Feyen-Perrin ha poblado las rocas coronadas de espuma de la bahía de Cancale. Hacía poco más de un año que se la había visto por primera vez en el Bosque de Bolonia, en un carruaje descubierto, tirado por dos magníficos caballos blancos, y su llegada al paseo favorito de los parisienses despertó desde el primer instante vivísimo interés.

Nadie supo nunca quién era aquella mujer, ni de dónde venía aquel carruaje descubierto, tirado por dos caballos blancos, que desde su entrada en el Bosque producía diariamente tal sensación.

No se sabía más sino que la joven misteriosa había servido algunos días de modelo á un célebre pintor para un cuadro cuyo asunto era un verdadero enigma. El cuadro llevaba al pie este título: *Resignación*. La heroína tenía delante el mundo bañado por los rayos del sol, y en una especie de vaga neblina se mezclaban praderas, ríos, montañas, valles, jardines, perdiéndose todo este simbólico conjunto en un cielo luminoso. Detrás de la heroína estaba la sombra, sombra en primer término un tanto indecisa, pero densa é impenetrable en el fondo. El rostro bellísimo de la joven resaltaba en la penumbra con un brillo encantador, y su mirada fascinadora, dirigida hacia el panorama bañado en luz que tenía delante, parecía perderse en las ligeras brumas de un sueño.



D. JOSÉ CUSACHS, pintor de asuntos militares. (De fotografía de A. y E. Fernández de Napoleón.)

Detrás de la figura, muy cerca de ella, donde la obscuridad era menos espesa, creían algunos adivinar una cadena invisible, cadena que aprisionaba á la heroína, manteniéndola sujeta á aquel fondo de sombra. El éxito del cuadro fué grandísimo entre cuantos tuvieron la fortuna de verlo. Se conocía que el artista lo había pintado con verdadera pasión. Naturalmente, en la esbelta figura de la protagonista reconcentrábase todo el encanto de la obra; sus formas prodigiosas tenían toda la pureza de la hermosura griega; había en su rostro una expresión de originalidad indefinible que hacía el efecto de una sonrisa, expresión que contrastaba con la profunda negrura de aquellos ojos que, bajo la sombra de largas y sedosas pestañas, ejercían la atracción del abismo.

Como es de suponer, los fervientes adoradores de *Resignación*, que sin haber logrado hablarla nunca ni haber obtenido de ella la menor esperanza soñaban con poseerla, acudieron donde el artista que había gozado la dicha de tener en su estudio á aquella mujer tan deseada. ¿Quién es? ¿De dónde ha llegado? ¿Dónde vive? ¿Es casada? ¿Es soltera? ¿Cómo se llama? El artista, asediado por tantas preguntas, no podía contestar á ninguna de ellas. El mismo ignoraba quién era aquella mujer y de dónde había venido. Lo único que sabía era que se presentó una mañana en su estudio sin revelar su nombre; que ella misma le explicó la composición del cuadro que deseaba,



ESTUDIO DEL PINTOR MILITAR D. JOSÉ CUSACHS

para el cual quería servir de modelo; que se lo pagó con largueza sin hacerle la menor observación sobre el precio exigido por el artista, y que le prohibió en absoluto exhibirlo en ninguna exposición pública y sacar de él ninguna copia. Cuando la obra estuvo acabada, la joven misteriosa fué á recogerla y se la llevó, ocultando al pintor cuál era su destino. El artista, enamorado de su obra y temiendo no volver á verla jamás, había hecho pasar por su estudio á todos sus amigos, que eran innumerables, y por eso el cuadro encargado con la expresa condición de que nunca figurase en ninguna exposición pública era conocido de mucha gente. Casi todo el París á la moda había pasado por el estudio del pintor; no entraba ningún día en el Bosque de Bolonia el carruaje de los caballos blancos sin que acudiera á todos los labios este nombre *Resignación*, bajo el cual la joven fué ya en adelante conocida.

En vano al acabar el paseo los amantes de aventuras la seguían al galope; ella, reclinada en los almohadones de su carruaje, mostrábase indiferente y extraña al vivo interés de que era objeto. Sin sentirse, en apariencia por lo menos, ni contrariada ni envanecida, burlaba hábilmente todas las maniobras puestas en juego por los más resueltos galanes. El carruaje de los caballos blancos perdíase á través de la ciudad, y si alguno, con incansable obstinación, lo vió, por fin, detenerse, sólo pudo observar que la joven desaparecía por algún pasaje ó por algún establecimiento de doble entrada de los que hay tantos en la gran capital; el carruaje se iba y la luminosa aparición devanecíase sin dejar la menor huella de su paso.

Cierto día, uno de los banqueros más poderosos de París, hombre muy experto en toda clase de aventuras, el cual tenía fama de no haber hallado jamás obstáculos que se opusieran á sus deseos ó á sus caprichos, por lo que se le daba el sobrenombre de *Llave de Oro*, dijo al cochero á quemarropa, cuando *Resignación* acababa de salir del carruaje sin dirigirle una mirada:

– Cinco mil francos por las señas de su casa, y *Llave de Oro* al decir esto, clavando en el cochero sus ojos, llevó la mano al bolsillo interior de su levita.

El cochero, inmóvil, miró á *Llave de Oro* con una frialdad tan desdeñosa que hubiese desconcertado al hombre más decidido. Pero el banquero era ya viejo en estas lides, y dominando el despecho que el silencio y la mirada del cochero le producían, añadió con rapidez:

– ¡Diez mil francos y vengan sus señas!

El cochero entonces dijo sin inmutarse y permaneciendo en la misma inmovilidad desdeñosa:

– Si fuerais el rey, os diría que no perdieseis el tiempo; mas como no sois el rey, ni siquiera he de tomarme el trabajo de contestaros.

El banquero esta vez salió vencido, humillado y poseído al mismo tiempo de una impresión de asombro. Al retirarse en medio de su derrota murmuraba:

– ¿Quién podrá ser que hasta el mismo rey perdería el tiempo siguiéndola?

Luego, para consolarse se decía:

– ¡Quizás sea alguna provinciana insubstancial ó alguna loca!

A pesar de su reputación de hombre tenaz é invencible, *Llave de Oro* se consideró definitivamente derrotado y decidióse á abandonar la aventura. La fría mirada y la profunda indiferencia del cochero infundieron en su espíritu un desaliento mezclado de terror. *Llave de Oro* creyó adivinar en el rostro de aquel hombre una expresión irónica y siniestra.



Apunte al lápiz de D. José Cusachs

Cuando *Resignación* hizo su entrada en el *Pavillon Royal*, una tarde del mes de Abril, al volver del Bosque de Bolonia, llegó en compañía de Gaultier, á quien solía llamársele «el gascón de las buenas conquistas.» Gaultier era hijo de una noble familia arruinada de las proximidades de Burdeos. Había vuelto á París hacía próximamente dos meses después de una larga ausencia muy comentada en el mundo parisiense y explicada de las más distintas maneras. Según unos, la larga ausencia de Gaultier había obedecido á un duelo funesto en el que el joven gascón dió muerte á su adversario. Según otros, la ausencia había sido motivada por deudas enormes. Aún circulaba una tercera versión: Gaultier había huído de la capital temiendo la venganza de un marido por él burlado en plena luna de miel. Como estos tres hechos eran ciertos, quizás todos ellos habían contribuído á determinar la huída de Gaultier. Al reaparecer éste en el Bosque, las grandes damas del *faubourg* Saint-Germain disputábanse sus saludos. Gaultier era alto, moreno, airoso, de nariz aguileña y mirada fija y penetrante; nadie más diestro que él en el manejo de las armas, nadie más resuelto en un lance de honor. Hasta su reputación moral detestable servíale de recomendación entre ciertas grandes damas del grande *faubourg*. Y su reputación era detestable hasta el extremo de atribuírsele hechos de los más vergonzosos é ilícitos; pues Gaultier, tan arrogante y tan altivo en actos donde el honor ó el amor propio estaban públicamente en juego, mostrábase insensible á todo sentimiento elevado siempre que las necesidades de su vida de disipación y de vicio obligábanle á buscar los recursos de que carecía para sostener aquella costosa existencia. La vanidad hacíale disimular en público lo que la constante necesidad de dinero le obligaba á confesar en privado. Contábase de él, entre otras muchas cosas, que habiendo sido amante de la mujer de un millonario y teniendo en su poder varias cartas por ella escritas donde se probaba el adulterio, fué en un momento de apuro á vendérselas al marido.

Tal era el galán á quien envidiaron todos los que se hallaban en el famoso establecimiento próximo al Bosque en el instante en que Gaultier entró con su nueva y valiosa conquista.

La noticia de esta aventura circuló por todo París con la rapidez del rayo, y su efecto fué mucho mayor cuando en los días que siguieron al de la entrada de la joven misteriosa en el *Pavillon Royal* observaron los concurrentes del Bosque de Bolonia que *Resignación* había desaparecido por completo. Nadie volvió á verla por aquellos parajes. Los días pasaban; más de una semana había transcurrido y en vano se aguardaba en el Bosque la llegada del carruaje de los caballos blancos. «El gascón la guarda bien,» murmuraban todos viendo á Gaultier aparecer un instante á caballo, sonriente, orgulloso y envanecido de su triunfo.

¿Cómo Gaultier había conseguido la ambicionada victoria á que tantos aspiraban?

El resuelto gascón triunfó murmurando al oído de la joven una sola frase al poner en sus manos, pasando á galope junto al coche misterioso, una pequeña rama florida que *Resignación* había intentado en vano coger. Gaultier, al entregársela, dijo con voz cautelosa, que el cochero no pudo oir:

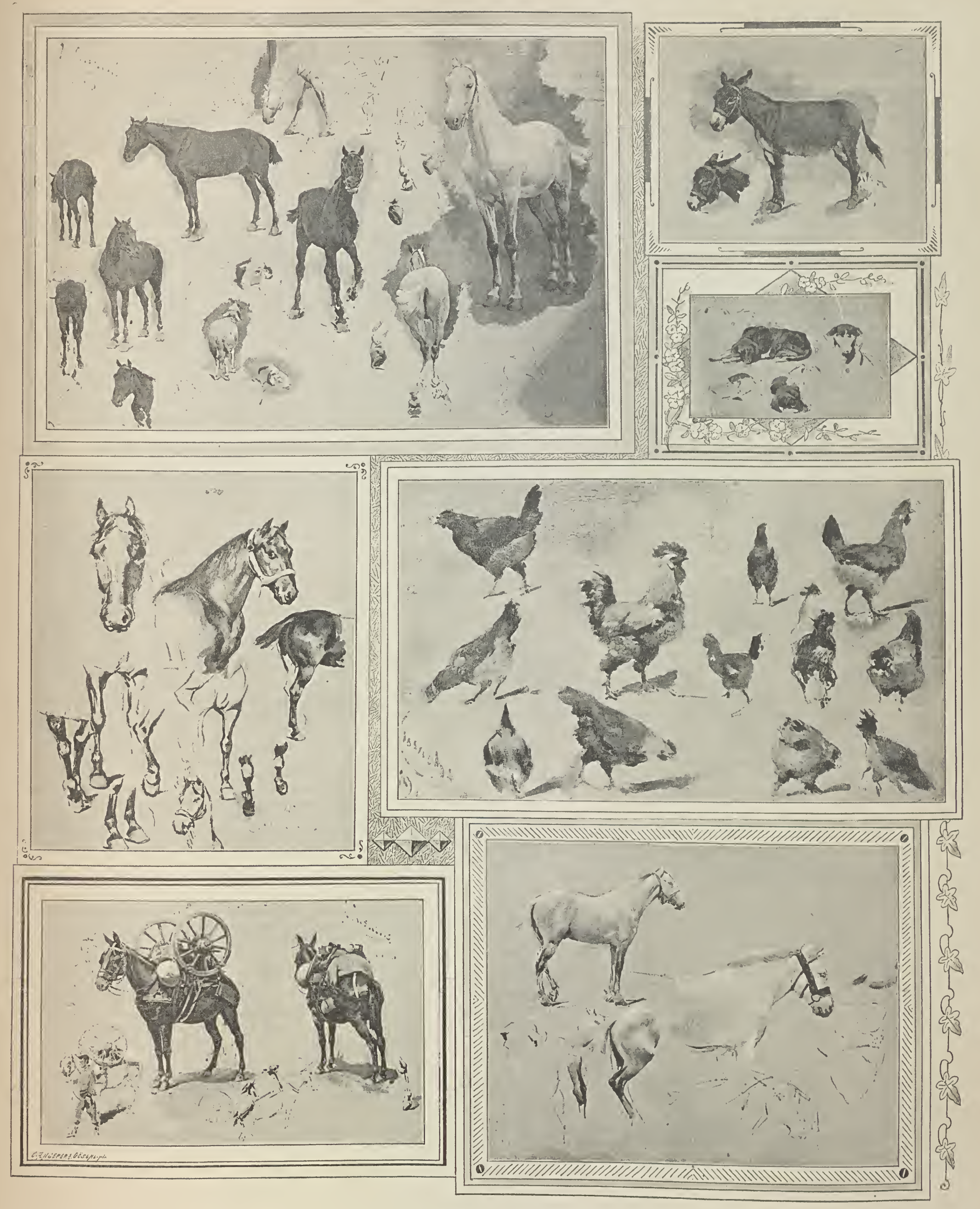
– ¡*Resignación*, rompe tu cadena!



Apunte al lápiz de D. José Cusachs

La emoción que estas palabras causaron en la joven fué inmensa. Su rostro turbóse visiblemente. Perdió su mirada aquella vaga indiferencia que venía siendo el tormento y la desesperación de sus adoradores.

Gaultier se dió cuenta exacta del efecto enorme que sus palabras habían producido, y al vislumbrar la anhelada victoria, sus ánimos crecieron, la esperanza le dió nuevo aliento; siguió varias tardes el coche de cerca, con sus ojos clavados en aquella hermosura peregrina que se turbaba bajo la mirada ardiente y audaz del gascón, y por fin, una tarde, á los pocos días de haber murmurado al oído de la fascinadora beldad aquella frase mágica de tan singular poder, vió Gaultier detenerse al pie de los altos árboles de la avenida de la reina Margarita al coche de los caballos blancos y bajar de él por primera vez á *Resignación*, que lanzó al obstinado jinete una mirada furtiva. La joven se apartó algunos pasos de la grande avenida, penetrando por un camino donde el aire se impregnaba en el aroma de las lilas y de las flores de almendro, y su adorador, con suma destreza, precipitóse á su encuentro por un camino transversal,



UNA PÁGINA DEL ÁLBUM DE D. JOSÉ CUSACHS

se apeó del caballo, se aproximó decidido á la joven estrechando su mano temblorosa y volvió á repetir la afortunada frase:

– ¡*Resignación*, rompe tu cadena!

Ella, toda desconcertada, creyendo descubierto el secreto que la encadenaba á la sombra y sin sospechar siquiera que el que murmuraba aquella frase hubiera podido ver el cuadro hecho por encargo suyo y enviado con dirección desconocida, rindiéndose, no sólo al desfallecimiento moral producido por la sorpresa de su secreto, sino algo también á la influencia de aquellos embriagadores efluvios que despedía la tierra, estableciendo poderosa corriente con la de su sangre juvenil, cayó sin murmurar una sola palabra en brazos de Gaultier, lanzando al aire un hondo suspiro.

Pasada la emoción primera, Gaultier juró á *Resignación* que aquella cadena invisible quedaría rota inmediatamente, aunque él tuviese que perder la cabeza, y que no reconocía á nadie poder sobre el mundo para separarla ya nunca de él ni un solo momento.

Ansioso por proclamar su gloriosa conquista ante sus rivales del París que ríe y goza, llevaba Gaultier á *Resignación* á los pocos instantes al *Pavillon Royal*, mientras el coche de los caballos blancos la aguardaba pacientemente en la avenida de la Reina Margarita, donde lo sorprendió la noche con verdadero asombro del cochero.

Gaultier en su corto viaje de las inmediaciones de la avenida de la Reina Margarita hasta el *Pavillon Royal* hizo ver á *Resignación* el nuevo mundo de alegrías, de goces y de venturas sin cuento donde entraba, y antes de llegar al famoso punto de cita de la

juventud dorada de aquel tiempo, una vez ya vencidos los temores, las dudas y hasta el espanto con que la joven luchaba al aceptar aquel cambio brusco de existencia, oyó jurar á *Resignación* que nunca más volvería sus ojos hacia las negras tinieblas que dejaba á su espalda, y que desde entonces seguiría el camino de la existencia mirando siempre adelante en compañía de su libertador.

Para que la felicidad de Gaultier fuese más completa no se le veía á éste enriquecido sólo por el amor, sino que también otorgábale sus favores la fortuna. Desde el día siguiente á aquel en que el gascón llevó al *Pavillon Royal* á la joven codiciada, diríase que Gaultier nadaba en la opulencia. Despilfarraba el dinero, compraba joyas de gran valor y lucía lujosos trenes. Lo único que ocultaba era su conquista, cual si temiera que al exhibirla fuese á perderla. Ninguno sabía dónde Gaultier tenía oculta á *Resignación*, excepto un amigo íntimo suyo, el único quizás á quien el gascón quería y respetaba. Este amigo era el joven conde de Etruria, antiguo compañero de colegio de Gaultier. El conde era de naturaleza enfermiza y melancólica. Diríase que le consumía una fiebre interior y secreta. Sus ojos, bañados de poética tristeza, miraban con frecuencia lánguidamente al infinito cual si persiguiesen un ideal imposible.

Gaultier conocía la causa de la tristeza del conde de Etruria; era éste el último vástago de una familia que se extinguía, familia opulenta en otro tiempo y en otro país, que había tenido á sus pies á todo un pueblo. Aquel pueblo vió arrebatada su nacionalidad, y la familia del conde había venido á perderse en el torbellino de la vida parisiense. Pasados los primeros años, los años de las ilusiones, una vez desvanecido el sueño de que aquel pueblo conquistado iba á recuperar en breve su independencia llamando de nuevo á los reyes proscritos, éstos, después de agotados sus últimos recursos, tuvieron que irse á vivir á una pequeña *villa* de los alrededores de la capital, colocando en modestísimas pensiones á sus dos hijos, un niño y una niña de pocos años; la niña, menor que su hermano, se llamaba Estela. La penuria llegó á tal extremo, que ni aun en aquella morada humilde pudo la caduca familia errante continuar viviendo. Antes de abandonarla, la reina de Etruria murió, vencida por el dolor; vendió el rey las alhajas que le quedaban de sus antepasados y no volvió á saberse nada de él en París. Los años transcurrieron; los pobres niños, cada uno en su pensión, que el padre pagaba con grandes dificultades y enorme retraso, crecían haciendo esa vida triste del colegial interno sin familia ni hogar. Un día el conde, cuando ya era mozo, recibió la noticia de que su padre y Estela embarcábanse para América, donde un antiguo y leal súbdito que hizo en el Nuevo Mundo una gran fortuna legó al morir á la familia real proscrita inmensas propiedades. El viaje fué tan precipitado que ni hubo tiempo para que el joven pudiera despedirse de su padre y de su hermana, á la que ya apenas hubiera conocido después de tantos años de separación.

No volvió el conde de Etruria á recibir más noticias de su padre y de su hermana hasta que pasados varios meses, durante los cuales estuvo en la mayor incertidumbre, recibió una carta en que se le decía que su padre y Estela habían perecido en un naufragio. El firmante de la carta, *Jorge Enric*, que se salvó del naufragio milagrosamente, les había visto morir entre las olas después de intentar en vano prestarles socorro. Dentro de la carta, que le fué dirigida al conde por conducto del director del colegio donde se hallaba, iba una suma suficiente para pagar todos los gastos que hiciera en el colegio hasta la terminación de sus estudios.

El conde de Etruria y Gaultier eran dos caracteres completamente distintos; la ley de los contrastes los había acercado el uno al otro; Gaultier, que á nadie tuvo respeto jamás, sentía por su amigo verdadera veneración; oíale á lo mejor formular los juicios más duros sobre algunas de sus calaveradas, y el gascón las soportaba dando la razón con frecuencia á su severo juez. El conde en cambio sentía por Gaultier vivo afecto; halagábale su amor propio la humildad con que le distinguía quien tan indómito y tan insolente solía mostrarse con los demás. Cada uno de los dos amigos tenía lo que le faltaba al otro: al conde le faltaba arrojo, acción y algo de eso que suele llamarse el sentimiento de la realidad; á Gaultier faltábale sentido moral, cierta madurez de juicio y una noción exacta del honor.

Desde algún tiempo antes que en París ocurriesen los hechos que referimos, venía operándose una profunda transformación en el carácter del conde de Etruria. Este era cada vez con Gaultier más indulgente y ya no reprobaba ciertos actos suyos que algunos años atrás hubiera juzgado con la mayor dureza. El conde iba haciéndose un tanto escéptico. Al verse, cuando terminó sus estudios, heredero de un gran nombre y condenado á la pobreza más absoluta, contrajo un matrimonio de esos á que se da el nombre de matrimonios de conveniencia. Tenía una mujer frívola y vulgar á la que no amaba ni había amado nunca. El conde halló en aquel matrimonio la satisfacción de las necesidades cuotidianas de una existencia desahogada y brillante; pero aquella honda melancolía en que se impregnó siempre su espíritu seguía dominándole y abrasábale el corazón una sed inextinguible y devoradora.

Gaultier, á los pocos días de aquella victoria de amor en París tan celebrada, llevó á su amigo al sitio oculto donde guardaba á *Resignación*. Era un pequeño hotel rodeado de frondosos árboles que casi se escondían por completo, próximo al Bosque de Bolonia por el lado de Neuilly. Antes de entrar y al ver el hermoso jardín que rodeaba el hotel, dijo el conde de Etruria á Gaultier:

– Veo que estás en fondos. Esto debe costarte caro.

– Las dichas, como las desdichas, vienen siempre juntas, contestó Gaultier. A las pocas horas de ser mía *Resignación* gané en el círculo cuarenta mil francos. No lo divulgues, porque entonces una nube de acreedores se me echará encima, y con cuarenta mil francos no tengo ni para empezar á pagar cuentas atrasadas... Mas apartemos la mirada de las miserias de la vida; entra conmigo; vas á ver qué feliz soy.

Y Gaultier, empujando la puerta del hotel, la abrió y condujo á su amigo á un saloncito inmediato á la entrada donde *Resignación* aguardaba á su amante.

Al conde le pareció la joven misteriosa cien veces más bella que cuando en el Bosque la veía de lejos pasar rápida y fugitiva en su coche al trote de los caballos. Si Gaultier no hubiera estado tan conmovido por la emoción que sentía y tan dominado por aquella satisfacción inmensa que embargaba su espíritu, en la que se mezclaban el amor y el orgullo, hubiese notado en la mirada del conde algo que podía inspirarle celos.

Cuando Gaultier dijo á su amada: *Este es mi amigo más leal, este es mi único amigo*, el joven conde sintió un estremecimiento indescriptible al estrechar en su mano la mano finísima de aquella mujer fascinadora cuya hermosura había admirado de lejos tantas veces, y le recordaba la clásica belleza de las mujeres del país donde nació, al cual quizás no volvería nunca.

Ernesto García Ladevese

(Continuará)

LOS GNOMOS DE LA ALHAMBRA

LEYENDA MUSICAL DEL MAESTRO CHAPÍ

Cuando la poderosa imaginación del gran poeta congregaba en el recinto de la Alhambra todos los seres de las antiguas mitologías para que celebrasen sus danzas enloquecedoras en los bosques de naranjos, alegrasen con su canto las salas desiertas y vivificasen con las explosiones de su amor el ambiente reposado y frío del alcázar árabe, creaba el plan vasto y admirable de una obra musical. Los fantasmas evocados producían en su marcha murmullos misteriosos; sus voces guturales entonaban canciones jamás oídas y se unían en himnos de glorificación y alabanza; la quimérica orgía llenaba los ámbitos de alegría y de ruido hasta que la aurora aparecía en Oriente y con su luz devolvía la calma y el silencio al regio palacio cuyos moradores nocturnos huían ante los primeros rayos del sol naciente.

La música palpitaba en el poema y sólo faltaba el genio revelador que le diese forma, traduciendo en notas los rumores, las canciones en ritmos, en acentos melódicos el lenguaje de los silfos y las ondinas y sujetando á entonación y medida la confusión bulliciosa descrita por el poeta. Mas para acometer esta empresa, cuya mayor gloria estaba en la fidelidad de la interpretación, se necesitaban cualidades que pocos compositores, acaso ninguno en la época presente, reunen con la ponderación precisa para darle el feliz término alcanzado por el más ilustre representante de la moderna escuela española: por Ruperto Chapí.

Su fantasía de meridional criado entre los granados y palmeras de nuestras regiones de Levante podía dar á su composición el sabor marcadamente oriental que convenía á una obra cuya acción se desarrollaba en el palacio de los antiguos dominadores árabes; la delicadeza de su organización poética le permitía encontrar medios de describir los seres sutiles é incorpóreos de las mitologías septentrionales; la riqueza y profundidad de sus medios técnicos vestirían sus ideas con el soberbio ropaje de una obra maestra. En el poema *Los Gnomos de la Alhambra* nada, pues, contrariaba su manera de sentir el arte, á la que, por el contrario, se acomodaba con feliz coincidencia, y para dar forma á su leyenda musical sólo tenía que dejar correr la pluma traduciendo fielmente las concepciones que le acudían sin esfuerzo, dándole el tono justo de lo que había de ser una obra que interpretase el poema de Zorrilla.

Sólo con esta rara conformidad y coincidencia se comprende que en los seis días transcurridos del 10 al 16 de mayo de 1889 pudieran ser compuestas y escritas las cincuenta páginas que ocupa la partitura en los borradores que tengo á la vista al trazar estas líneas. El tiempo que ya aparece escaso para llenar de notas menudas y compactas como granos de arena los veinte pentagramas de cada página, fué suficiente para que la obra de Chapí tuviese vida, pasando, al calor de un rapto genial de fiebre creadora, desde el no ser hasta la plenitud del más completo desarrollo.

Porque, cosa extraña y acaso sin precedente en obras de la magnitud de *Los Gnomos de la Alhambra:* los borradores no son guiones donde la idea musical está rápidamente trazada con ligeras indicaciones de la armonía para abarcar en pocos instantes el conjunto de la composición que después habrá de ser instrumentada, ni instrumentación hecha sobre un plan indicador ya escrito. Los borradores abarcan la composición y la instrumentación, la idea y el desarrollo, el alma y el cuerpo. Para comprender el inmenso esfuerzo intelectual y la admirable seguridad que esto representa, basta recordar que en un álbum publicado en honor de Wagner se ven tres autógrafos del gran músico contemporáneo correspondientes á un mismo pasaje del *Siegfried*. El primero contiene trazado con lápiz el germen de la idea, acompañado de un bajo cifrado en los sitios donde la armonía pudiera ofrecerse dudosa ó extraña; el segundo, la misma idea armonizada y con algunos diseños contrapuntísticos de los giros principales que han de llevar los instrumentos, anotados con letra menudísima en las márgenes del papel; y el tercero, la instrumentación detallada y definitiva. Este sistema, el ordinariamente seguido en composiciones algo extensas por todos los compositores, aun los más expertos, no podía servir al ilustre maestro español en el caso de *Los Gnomos de la Alhambra* por la escasez de tiempo que tenía para que su obra empezada en Barcelona el 10 de mayo estuviese en Granada el día 20, límite fijado para la admisión en el concurso abierto con motivo de la coronación de Zorrilla. No había otro medio que renunciar al boceto y aun al dibujo, empezando desde luego á trazar pinceladas de color, vertiendo con mano segura las líneas, las manchas y el claro-obscuro.

El examen atento de los borradores no deja lugar á duda alguna de que este es el procedimiento seguido; advirtiéndose no sólo las variaciones de color instrumental de algunos pasajes, sino los arrepentimientos elocuentísimos, aunque en número escaso, en que varían, ya la frase, ya la marcha de su desarrollo. En el primer tiempo, por ejemplo, se encuentra una contestación al motivo, desechada con mano nerviosa que la cubrió de rayas y tachaduras, y á continuación de la cual está escrita la contestación definitiva. En el comienzo del segundo tiempo la variación es más importante, pues no sólo la versión primitiva no contiene el acorde inicial, sino que está escrita en *re menor*, y sólo después de veinte compases no aprovechados empieza en el mismo pliego y en tono de *si menor* un nuevo *Conjuro* con las notas límpidas del arpa.

Como se ve, los emborronados papeles nos cuentan en lenguaje, aunque mudo, expresivo é indubitable, la historia de las vacilaciones y las incertidumbres del compositor, de los momentos en que no acierta á traducir sus pensamientos y aquellos otros de divina lucidez en que la pluma marcha segura sin arrepentimientos páginas y páginas, hasta que el cansancio vuelve á levantar diques ante la imaginación creadora del artista.

Una obra escrita en condiciones tales que lo repentizado había de ser definitivo, corría el peligro de seguir el camino trillado y no separarse de lo vulgar y sin trascendencia; pero el talento colosal del maestro Chapí no puede producir lo vulgar y trillado, siendo su obra una de las más originales y audaces que pueden concebirse.

Porque audacia, seguridad de matices é inspiración que arraigue en lo más hondo se necesita para escribir la *Ronda de los Gnomos*, donde toda la extensión del fragmento se escucha constantemente el mismo diseño melódico, revestido de una sonoridad siempre obscura por mantenerse en la región grave, pero siempre bella y característica, contribuyendo cada instru-



CABALLERÍA LIGERA, cuadro de D. José Cusachs. (Salón Parés.)

mento al conjunto sin fundirse con los demás y haciendo valer su matiz propio. Sólo el genio de Chapí y su admirable sentimiento de la proporción musical pueden describir de una manera tan pintoresca y exacta la naturaleza de esos seres disformes y raquíticos que habitan el interior de la tierra. Su ronda se anuncia como un murmullo, y como un murmullo se aleja y desaparece, después de haber dado en su proximidad la sensación de una multitud que se agita en un sitio profundo y cuyas voces llegan á nuestros oídos sordas y veladas á través de la corteza terrestre.

Forma contraste con este número de tan extraño carácter, gracioso y ligero, el *Conjuro* que sigue, en que el rey de los gnomos convoca á los seres ideales de los viejos mitos para que reunidos en zambra incomparable agasajen á los reyes de los fantasmas aéreos. Su voz dulce y soñadora en el corno cuando ordena á los silfos que traigan de la selva ruiseñores que alegren la fiesta con sus cantos, adquiere en los violoncelos apasionados acentos cuando se dirige á las huríes de belleza inmaculada y virginidad eterna, y se torna amenazadora y potente en el metal cuando evoca los pérfidos y chupadores vampiros, los monstruosos vestiglos y los endriagos de formas horrendas. Cada aparición se anuncia por el grito de ¡Gloria á la Alhambra!; y cuando la multitud congregada escucha la arenga que, en la sonoridad compacta de la cuerda, tiene persuasivas inflexiones, prorrumpe en una explosión de entusiasmo donde todas las voces de la orquesta entonan el grito triunfador.

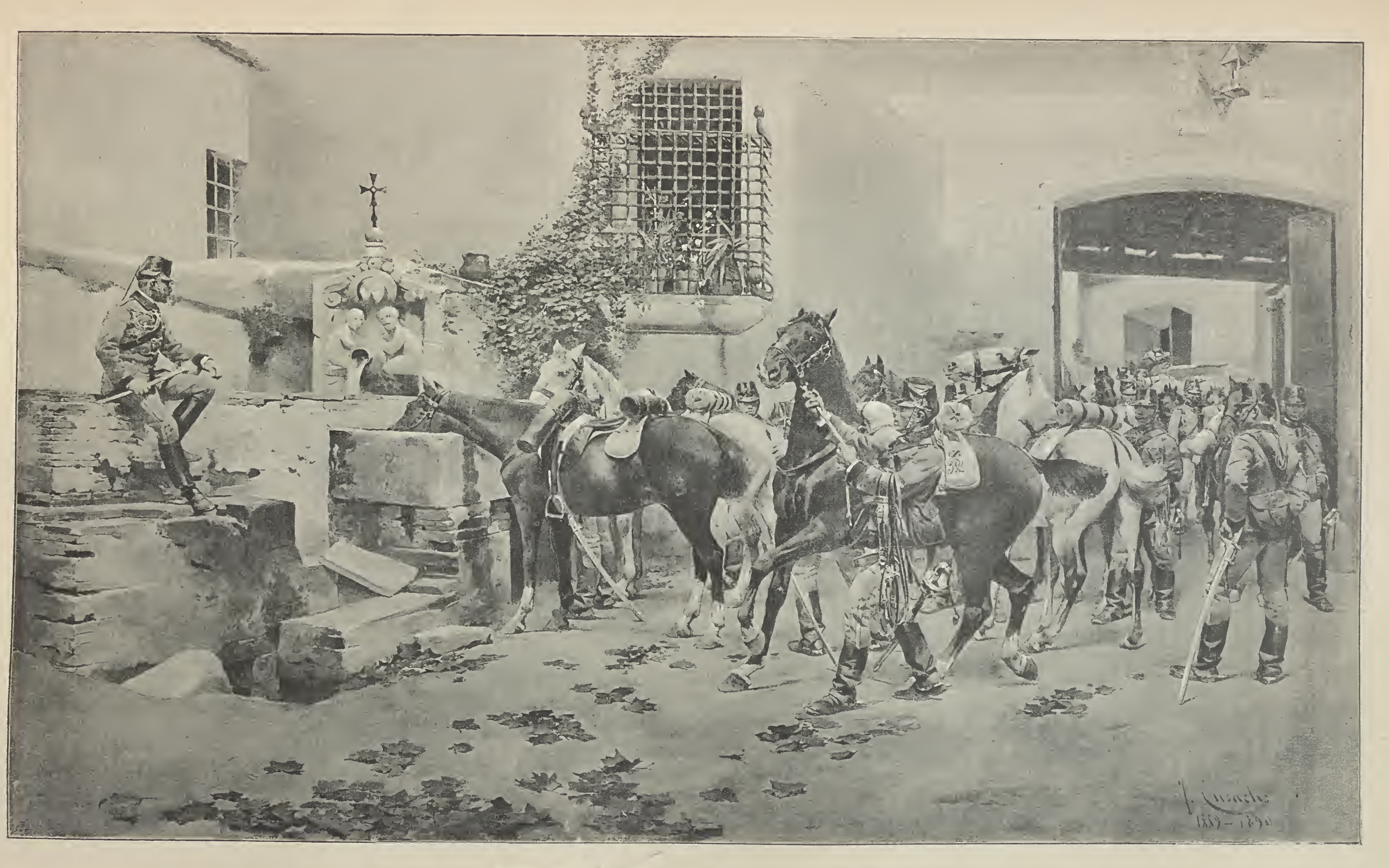
Entonces surgen en medio del silencio los dulces sonidos de las flautas y las arpas, acompañados de sutiles pizzicatos de los violoncelos, anunciando el *Cortejo de Titania y Oberón*. Aquel conjunto de sonoridades delicadísimas á que dan incorporeidad y ligereza las notas cristalinas del triángulo retrata fielmente á la reina de las sílfides, que ama la danza y la música, que marcha sobre la hierba sin hollarla y en lecho de flores sueña con la belleza y la poesía, gozando el amor inmortal de Oberón, el bienhechor de los enamorados. En este trozo musical, que fascina y encanta como la aparición de Oberón en el poe-



AVANZADAS DE CABALLERÍA, cuadro de D. José Cusachs



MANIOBRAS DE DIVISIÓN, cuadro de D. José Cusachs. (Premiado con medalla de oro en la Exposición de Bellas Artes de Berlín.)



ABREVANDO EL GANADO, cuadro de D. José Cusachs

ma de Wieland, surge un tema español de ritmo originalísimo en que la Alhambra se manifiesta rodeada de los misteriosos ruidos de sus bosques de álamos y naranjos.

La fiesta de los espíritus está formada por un scherzo en que á los sonidos del cuerno de Oberón todos los seres se sienten poseídos de desenfrenada alegría y se entregan á todos los placeres, recorriendo en danzas vertiginosas los vastos salones y los jardines del alcázar. Cuando la laxitud del placer y la fatiga de la carrera los detiene, se escuchan nuevamente los alegres toques del cuerno de marfil, y todos vuelven á sentir la fiebre del placer y del movimiento. Pero una línea blanquecina se marca en Oriente. Oberón agita su rama de lirios y la danza cesa; los quiméricos seres se dispersan ante la luz y la melodía baja de una manera rápida é impensada como los gnomos á sus antros, mientras las escalas ascendentes de las flautas nos pintan la desaparición de Oberón y Titania, que con su séquito de silfos caminan hacia la India atravesando los mares en tropel fantástico.

La Alhambra queda inhabitada y silenciosa. Una frase llena de tranquilidad y frescura que pasa del oboe á la trompa y á los violines en una modulación admirablemente sentida, da noción de la luz y la belleza matinal, y entonces ante los esplendorosos rayos del sol se oye resonar por última vez el grito triunfal y glorificador.

La leyenda musical *Los Gnomos de la Alhambra*, improvisación genial donde Ruperto Chapí ha sabido encontrar las bellezas que aun después de profunda meditación pocos compositores alcanzan, es algo más que una concepción musical admirable. Es la prueba del misterioso encadenamiento y del indestructible engranaje con que están unidas la poesía y la música, merced á la cual se verifica la transmigración del espíritu que late en los versos de Zorrilla á las notas de Chapí, como si el poeta de las leyendas fantásticas legase el cetro de la poesía en manos de un artista más joven y de un arte cuyo poder empieza donde acaba el pensamiento y la palabra.

Manuel Manrique de Lara

SECCIÓN AMERICANA

EL MANTÓN DE LA CONDESA

Vaya que puede ser cierto, y mucho que lo creo, porque hay en América hembras capaces de hacerlo, y tocándoles el amor propio digo, y me atengo á varios ejemplos, que son capaces de inventar en casa del diablo lo que á un hombre jamás se le hubiera ocurrido.

Pinchen á una mujer americana en la negra honrilla y verán lo que salta: un ramalazo lleno de sal y pimienta que deja más pasado á quien lo recibe que si le fuesen taladrando el cuerpo con una aguja de enjalmar.

Antes de hablar de la condesa que reza el título, referiré un caso que por haber ocurrido en país distinto y entre mujeres de diferente carácter, prueba que para ciertas cosas todas las americanas tienen el propio temple y calzan los mismos puntos.

Cuando en el Perú no había aquellas hermosas líneas de ferrocarriles, aunque sí muchísimo más dinero del que hay ahora, iban las señoras desde la capital á los cercanos puntos de recreo y aun á los grandes viajes caballeras en sus magníficos caballos.

Chorrillos, que era para Lima el Baden, el Biarritz, el San Sebastián y la Granja, recibía en su seno á las hermosísimas mujeres que habían hecho de un pobre puertecito de pescadores la más elegante y fastuosa residencia veraniega que hubo en el mundo de Colón y que podía competir con las más famosas del continente viejo.

Entre las beldades que paseaban su lujo por Chorrillos había una que no gozaba fama de sobrado pulcra para su honra, y aunque de buena familia y mujer derrochadora, motivo más que suficiente para ser admirada, mostrábanse rehacias las señoras en tratarla, siquiera fuese porque en casa de la tal pasaban alegremente el rato sus maridos y sus amantes. Salió de Lima la hermosa, á quien llamaremos Isabel por llamarle algo, y jinete en un corcel que valía mil pesos, con más oro y más plata en estribo, freno y montura que la que hace falta para comer un año en casa de un pobre, encaminóse á su *rancho* del aristocrático Chorrillos, seguida de un *cholo*, buen mozo, sirviente montado á guisa de vieja castellana que lleva criado de confianza á retaguardia.

Llegó Isabel al Barranco y echó pie á tierra en un sitio que parecía obligado apeadero de mujeres hermosas, á tiempo que una dama muy principal y de las que más volvían la cara cuando la tropezaba de frente ajustaba con una india una cesta de magníficas uvas. Eran las primeras del año y la india pedía dos pesos por la cestada.

– Te doy uno, dijo la dama.

– No puede ser *mamai*, respondió la vendedora.

– Pues son muy caras y no las quiero, repuso la dama disponiéndose á volver á montar ayudada por su criado.

Isabel, que había oído el regateo, adelantóse con gran empaque, y dirigiendo una desdeñosa mirada á la señora regatona, dijo con orgulloso tono:

– Trae, *chola*, yo te daré tres pesos, porque á mi caballo le gustan mucho las uvas y quiero que las pruebe antes que nadie.

Y conforme lo dijo lo hizo: mandó quitar el freno al animal y ordenó que se le pusiese la cesta delante para que comiese ó destrozase los dorados racimos.

Júzguese del *pisto* que llevaría la señora desairada, que una vez sentada en la silla salió de estampía, sin aguardar á que su criado le diese la última mano.

Saltemos, una vez dicho esto, á la tierra chilena, en donde las mujeres no gozan la fama que á las limeñas sobra de saladas y retegraciosas; mas aunque así sea, tienen su pedazo de cielo metido en el cuerpo, y en cuanto á soberbia, váyales usted con desplantes y saldrá con razón y justicia más trasquiladito que aquel *pelambrera* que se fué por lana.

Dejó la colonia allá por Chile un tantico de apego á las vejeces españolas, y aunque, como otras veces he dicho, van los hombres delante de muchos pueblos en punto á leyes sabias y redentoras, quédanse las damas un poco rezagadas, ya por innato orgullo de la sangre altiva, ya por severidad de indómito carácter.

Es el caso que allí y también en el Perú, valgan verdades, hay familias que á pesar de todo estiman en muchísimo los rancios pergaminos de sus antepasados los viejos *chapetones*.

Entre las aristocráticas familias de Santiago de Chile descollaba la condesa del Parral por el sostén de su empingorotada alcurnia, por la servidumbre de peluca empolvada y calzón corto y por los estiramientos con que solía pasar por delante de las otras damas santiaguinas.

Era el conde un señor llano y conforme con el nuevo orden de cosas, tanto que de buena fe se había metido de lleno en la patria nueva, sin que por esto dejase de rendir el culto de los recuerdos á la época feliz en que á su ilustre padre le llamaban excelencia.

De puertas afuera tampoco dejaba la del Parral de cantar alabanzas á la independencia, pero no se avenía de grado con que ni la república le respetase el tratamiento ni las gentes le llamasen señora condesa.

Desquitábase con la servidumbre, y allí sí que andaba todo el mundo derecho como los husos.

Era el señor del Parral senador respetable por su hombría de bien, y aunque no gozaba fama salomónica en la cámara alta, no dejaban de tenerle en mucho porque votaba siempre con arreglo á conciencia y rompía su inveterado mutismo solamente para bien del prójimo ó en provecho de la patria.

Llevábase lo mejor del mundo con otro senador bonachón como él y como él casado con mujer que había sabido amarrarse bien amarradita una prenda masculina que denota carácter y viril energía, cosa más que rara en donde el hombre tiene la malísima costumbre del español, de gallear por su cuenta y erigirse en dueño sin consentir en ser esclavo siquiera sea de femeniles tiranías.

¡Pícaros, más que pícaros!

Grandes fatigas pasaba el del Parral para que su señora consintiese en hacer amistades con la esposa de su amigo, y éste á su vez interponía cuanta influencia casera poseía para que su conjunta persona estrechase distancias con la condesa.

La *senadora* era hija de un prócer de la independencia, y tenía bien sabido que la del Parral había llamado hambrientos y gentuza á los grandes hombres que acometieran la inmortal empresa de regenerar la patria.

– Que venga ella, decía.

– Pero hijita, si sabes que es así: al fin y al cabo desciende de...

– ¿De quién?, gritaba furiosa la patriota. Yo sí que desciendo de personas: ella de tontos. Pues qué, ¿no saben hasta los chicos de la calle las necedades que hacía su padre? Déjeme de tonterías, amigo, y bien está cada cual con su orgullo.

Pero es el caso que cuando mucho se machaca no puede menos de modelarse el hierro, y convinieron los maridos respectivos que el día del santo de la condesa le enviarían un presente el senador y su señora, á cuya fineza contestaría la del Parral con una galantísima invitación para el baile de la noche.

Admitieron el tratado las beligerantes, haciendo cada marido la entusiasta apología de la mujer del compañero. Pero la verdad es que aunque á la del senador no la disgustaba recibir invitación especial de la condesa, no le hacía á ésta maldita la gracia que hollase los tapices de sus regios salones aquella advenediza que tan altaneramente pasaba por su lado.

Llegó la mañana del día señalado, y ya en casa del senador había dispuestos una docena de azafates de plata llenos de mixtura de flores, encajes, cristales de Bohemia, joyas y sabe Dios cuántos objetos de gozo de valor extraordinario. El senador veía lleno de gozo aquel despilfarro de su mujer, y ésta gastaba sin tasa con tal de sorprender á la condesa con un presente que no podía menos de asombrarla. Estaba ella muy segura que con semejante introducción todos los agasajos de la noche habían de ser para su espléndida persona.

Había señalado la *senadora* la una de la tarde para enviar sus regalos, y á las diez de la mañana salió á misa como de costumbre, entrando á la vuelta en la tienda de más lujo que por entonces había en Santiago. Apenas estaba dentro apareció también la condesa tan empingorotada y erguida como siempre: bien observó la del senador que con el rabillo del ojo la mirara la del Parral y también se le ocurrió que podía haberla saludado con una inclinación de cabeza, ya que faltaban pocas horas para que según deseo de los respectivos maridos se convirtieran en amigas.

Había encargado la condesa un mantón de Manila al comerciante, y éste, creyendo hacer con tales prendas un buen negocio, pidiera una docena, suponiendo que cosa llevada en Santiago por la del Parral no podía menos de ser imitada con furor.

Escogió la condesa el que le gustó más, pero mostróse asombrada de su precio: costaba doce onzas de oro, cantidad que le pareció excesiva. Ni con razones ni sin ellas fué fácil de convencer, y salió de la tienda diciendo que podían vender el mantón. Pero salió tan tiesa como había entrado sin inclinar la cabeza para saludar á la del senador, que de propio intento no había querido marcharse y descaradamente la miró cuando salía.

– Esta necia no quiere saludarme hasta no recibir el regalo, para no ser la primera, pensó la *senadora*; pues yo te daré saludo.

Levantóse de donde estaba y se acercó al dueño de la tienda, que lamentaba el percance; miró los pañolones y ordenó que se los enviasen todos, pues era una colección que le gustaba, y no se ocupó de rebajar ni un peso de las 144 onzas que los pañuelos importaban.

A la una en punto salían de la casa del senador doce criadas ricamente vestidas y envueltas cada una en su respectivo mantón de Manila, y serias, graves, como convenía á los espléndidos regalos que cada cual en su azafate llevaba, se pusieron en fila obedeciendo órdenes recibidas, y así llegaron al palacio de la condesa, que poco le faltó para caerse muerta de coraje al comprender la muchísima altivez con que era tratada.

No se le ocultó á la del Parral que picada la del senador por su tiesura de la mañana había querido avergonzarla, pero comprendió también que si tomaba la cosa por el lado que abrasaba acabaría por perder la partida: ella tenía muchos pergaminos y más orgullo que papelotes todavía; pero la otra... la otra pesaba las onzas de oro para no entretenerse en contarlas.

La condesa del Parral tuvo que bajarse de la parra y deshacerse en finezas con su enemiga.

Eva Canel

NUESTROS GRABADOS

Las doradoras, cuadro de D. Manuel Cusi, adquirido por el Ayuntamiento de Barcelona. – Bello es el cuadro que bajo el título de *Las doradoras* ha expuesto Manuel Cusi en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, al que ha cabido la distinción de ser premiado por el Jurado calificador y adquirido por el Excmo. Ayuntamiento para figurar en el naciente Museo municipal. Hemos tenido ocasión de celebrar varias veces sus bellas cabecitas de mujer y las graciosas figurillas de *flamencas* pintadas con gracioso donaire y verdad de tonos simpáticos y agradables; pero su último lienzo excede en mérito á todos los que hasta ahora ha producido su brillante paleta. Acusa desde luego un adelanto, un progreso sensible y una victoria alcanzada por el artista, tanto en la composición como en la interpretación de la tonalidad.



La estación de la caza había comenzado

VIZCONDESA

POR LEÓN BARRACAND. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Gilberto rompió el silencio al fin con tono jovial.

– ¿Y me revelará usted ahora, preguntó, el gran secreto?

– ¿Qué secreto?

– Usted tenía otras razones para inducirme á venir...

La vizcondesa dió algunos pasos con la cabeza inclinada, como si vacilase en hacer la confidencia; pero después se decidió.

– Se trata de Pedro, dijo. Hace algún tiempo que me inquieta, y cuando me habló de escribir á usted, le recomendé mucho que lo hiciera, porque veía todo el buen efecto que en él produciría la llegada de usted y su influencia...

– ¿Mi influencia?... Ninguna tengo sobre él.

– ¡Sí!, la tiene usted... y es preciso que la tenga... ¿No es usted por ventura su más fiel y antiguo amigo?... Por otra parte, usted es ahora hombre de reflexión, una persona formal; mientras que él no ha dejado de ser un niño. El infeliz quisiera rehacer su fortuna; tiene amor propio y se mueve mucho... pero dudo de que lo consiga. Sin embargo, no es esto lo más terrible; sus ocupaciones le matan, padece sofocaciones, se queja del corazón, y no quiere consultar al médico, sin duda porque se cree muy robusto. Le confieso á usted que en los momentos de crisis me espanta... Este género de vida y sus quebraderos de cabeza son la causa de todo. En las correrías que se ve obligado á hacer por los alrededores se gasta, se fatiga y se entrega á excesos... no por su gusto, segura estoy de ello, sino por necesidad, en el trato de las personas con quienes ha de mezclarse por cuestión de sus asuntos... Tal vez quisiera aturdirse, olvidar su situación, la ruina de sus hijos, la pérdida de toda nuestra fortuna...

– ¿No le queda, pues, nada?, repuso Gilberto. Yo creía zanjadas sus deudas... Dispénseme usted; le aseguro á usted que solamente el interés que me inspira...

– Ya lo sé... Por eso no le oculto á usted nada. Apenas nos quedan algunos centenares de miles de pesetas... esta finca de Chatillón, que hemos arrendado tierras y castillo, y de cuyo producto vivimos ahora; y aun la mejor parte se va en las negociaciones de Pedro. El palacio de la calle de Babilonia, que formaba parte de mi dote, ha sido vendido; con él se han pagado algunas de nuestras deudas...

– Pero cuando menos heredarán ustedes el patrimonio de Mareuil, repuso Gilberto, y esto representa todavía una fortuna...

– Mareuil no será ya para nosotros. Al afectuarse mi enlace, la marquesa nos cedió la nuda propiedad de esta finca, pero reservándose el usufructo durante su vida, y Pedro la ha hipotecado... cierto que por menos de su valor, pues esas extensas tierras son difíciles de vender: apenas se cuentan por nada las construcciones, y el día que se trate de ajustar cuentas, será forzoso darlas á muy bajo precio... Ya comprenderá usted cuánto tiene de aterradora semejante perspectiva y que el porvenir de nuestros hijos está comprometido... y no se le ocultará tampoco que semejantes reflexiones, siempre en el pensamiento, deben causar estragos en el ánimo de Pedro, angustiándole el corazón... Pues bien: usted, que es su amigo, puede salvarle: viva con él y no le abandone, porque viéndole ocupado en cosas formales, tal vez renuncie á su actual género de vida. ¡Hágalo usted por mí y le quedaré muy agradecida!...

Blanca se detuvo y miró á Gilberto con triste sonrisa. Había tanta gracia conmovedora en aquella súplica, que aquél se sintió enternecido; una fiebre de abnegación invadió su alma y prometió todo cuanto ella quiso.

– ¡Gracias!, exclamó Blanca. ¡Qué bueno es usted! Ya sabía yo que lo era...

Los dos estaban muy conmovidos y dieron fin á su paseo sin que entre ellos se cruzasen más palabras.

Una vez en su cuarto, Gilberto reflexionó sobre lo que acababa de oir y sintió profunda compasión hacia aquella mujer que había conocido tan envidiada de todos y ahora víctima de la desgracia. Su sufrimiento aumentaba al pensar que el hombre á quien más quería en el mundo, Pedro de Cabrol, era causante de aquella ruina. Su corazón estaba penosamente oprimido, desgarrado por todos los motivos de queja que contra él tenía, sin que estos motivos pudieran debilitar una amistad tan antigua, y condolíale sobre todo que la víctima fuese precisamente la mujer á quien hubiera querido ver feliz.

Todo esto no disminuía la admiración que le inspiraba Blanca; y el patrimonio de Chatillón y el castillo de Mareuil, aunque sobrecargados de hipotecas, conservaban en sus recuerdos todo su prestigio, que se reflejaba en la vizcondesa de Cabrol. Aquel magnífico marco cuadraba bien á semejante mujer, y Gilberto no podía pensar sin dolor que fuese posible arrebatárselo.

Sin embargo, en medio de su pesar, producíale una alegría secreta ser confidente de Blanca y asociarse á ella en beneficio de Pedro; pero desconfiaba del resultado, y sin esperanza de conseguir el fin resolvió seguir la línea de conducta trazada por la vizcondesa. Al resignarse á un género de vida tan poco conforme con sus gustos, renunciaba por algún tiempo á las ilusiones amorosas que le habían atraído á Mareuil; pero comprendía que este mismo rodeo le conduciría de nuevo muy pronto hacia Blanca, y más digno de ella, puesto que obraba así solamente por complacerla. De este modo los elementos de mutua inteligencia entre los dos aumentarían considerablemente.

VI

Gilberto, pues, comenzó á seguir á Pedro en sus correrías por los alrededores. La estación de la caza había comenzado ya, por lo cual visitaron á los Selligny y al conde de Bagrassand, en cuya casa eran las reuniones más numerosas.

Gilberto vió allí lo que valía una gran fortuna noblemente gastada. El conde, aunque viudo, recibía mucha gente y el castillo de la Rivoironne estaba entonces bajo el mismo pie en que le puso desde los primeros días de su matrimonio. Sin embargo, allí no se derrochaba el dinero ni se hacía ostentación de mal gusto; pero las rentas del conde eran suficientes para todo, y éste no escatimaba lo mas mínimo en lo que podía contribuir al recreo de sus huéspedes. Sus tierras

de caza extendíanse por los cerros inmediatos y la llanura hasta lo infinito; sus fincas no podían contarse, pues cubrían todo el distrito y decíase que sus rentas subían á algunos millones. A pesar de esta fortuna inmensa, habíase conservado modesto y muy sencillo, sin enorgullecerse por los honores que sin pretenderlos se le ofrecían: presidente de la Sociedad de carreras que acababa de fundarse en el distrito, de los Sindicatos agrícolas, etc., habíanle ofrecido la diputación; mas no quiso aceptarla. Aquel hombre de mundo, no obstante, era político y orador; pero manteníase obscuro, y la gloria parlamentaria no le tentó nunca. Siéndole tan fácil residir en París, prefería permanecer en su casa y en sus tierras como un barón feudal de los antiguos tiempos.

Laura de Bagrassand, niña de diez años, circulaba entre los grugos, dándose la importancia de ama de casa, festejada por cuantos la veían y mimada por su padre.

El conde tenía las mayores atenciones con Pedro, á quien hacía sentar á su lado; agradábale su locuacidad y se lo dispensaba todo; tampoco se olvidaba de Gilberto, pues recordaba las relaciones que habían tenido en París en una circunstancia delicada y el servicio que entonces le prestó.

Por eso quería hacerle valer, empujarle; pero el joven sabio no brillaba en sus reuniones. Comprendía que era necesario haber nacido entre aquella sociedad, que desconocía en absoluto hasta en su lenguaje, para disfrutar de sus costumbres, de su conversación y de sus distracciones.

No teniendo, como Pedro, el recurso de beber mucho é impunemente ni la gloria de ser el mejor tirador, se aburría; así es que vió con gusto el término de esa enojosa serie de invitaciones.

Estos placeres no impedían al vizconde de Cabrol ocuparse de sus asuntos: marchaba con regularidad los lunes al mercado de Blatigny, y á veces prolongábase su ausencia algunos días, porque iba á recorrer otras ferias y mercados.

En la primera ocasión que Gilberto le acompañó, tuvo la clave de lo que Pedro llamaba sus negocios: cierto que trataba de hacer su fortuna, poniendo en tal empeño ese ardimiento exasperado de los hombres á quienes la pasión del lucro excita tardíamente; pero por desgracia no había elegido el medio más seguro ni el menos expuesto á pérdidas. Adoptó el que estaba á su alcance y el que mejor entendía: aficionado á los caballos é inteligente en esta materia vió en esto un negocio de grandes ganancias. Por lo demás, practicaba muy noblemente el oficio de chalán procediendo de modo que no apareciese con el carácter de tal.

Se comía alegremente en Blatigny, en el hotel principal, lleno en aquellos días de propietarios campesinos; Pedro, conocido de todos, distribuía apretones de manos á diestro y siniestro, y después seguíanse los interminables paseos por el campo de la feria y las prolongadas estaciones en los cafés, en medio del barullo de las discusiones y entre oleadas de cerveza.

Gilberto, obligado á seguirle y á beber, admiraba que en semejante centro no perdiese su amigo nada de su distinción. No difería apenas de los demás por el traje; llevaba el hongo de castor blando, y expresábase en el mismo lenguaje de aquella gente; bebía como los otros y pagaba más generosamente. Sin embargo, distinguíase entre todos por no sé qué de caballeresco que se notaba en sus maneras y conservaba su ascendiente entre aquellos hombres, que le trataban de vizconde sin la menor expresión irónica. De vez en cuando salía para ir á dar una vuelta por el mercado.

Cierto día que Gilberto seguía sus pasos, vióle bajo los árboles que flanqueaban la plaza en el momento en que parecía estar á punto de hablar con una joven. Era una rubia de facciones finas y delicadas, y al notar que se fijaban en ella, dirigió una mirada á Gilberto con esa desenvoltura provocativa propia de una mujer de fácil conquista. Pedro siguió la dirección de sus miradas y disgustóle al parecer que se le viera en compañía de la joven. Sin embargo, no se trató del incidente entre los dos amigos, pues Gilberto no pensaba que sus compromisos con la vizcondesa le obligaran á molestar á Pedro en semejante asunto.

Regresaban tarde por la noche, y Pedro, muy animado, hostigaba alegremente á los caballos.

¡Ya ves con qué gente se ha de tratar!, exclamó de pronto; pero desde el momento en que se gana dinero, es preciso no quejarse... y yo le gano.

Gilberto temía que las numerosas libaciones fuesen causa de que su amigo viese las cosas al través de un prisma tan agradable.

– ¿No habría medio, insinuó Gilberto dulcemente, de beber menos y de hacer igualmente buenos negocios?

– ¡Bah! Esto no puede ser... Así se procede en provincia, y no se trata nada sino con el vaso en la mano.

– ¿Y no temes que te haga daño la bebida?

– ¿Daño? ¡Vaya una ocurrencia!

Gilberto procuraba así, tímidamente, conformarse con las indicaciones de Blanca de Cabrol; pero sus tentativas de conversación no pasaron de esto. No ejercía influencia alguna en el ánimo de Pedro, al que había subordinado en cierto modo el suyo en la superstición de su juventud. Desde aquel tiempo lejano en que no tenían más que un corazón y un pensamiento, uno y otro siguieron tan diferente camino, que ya no existía entre ellos la menor comunidad de ideas. El estudio, las reflexiones, las continuas lecturas, separaron más á Gilberto de su amigo, estableciéndose entre los dos un divorcio intelectual; comprendíanlo instintivamente, y sus conversaciones no eran nunca largas.

Al día siguiente de sus visitas al mercado, Pedro se quejaba de sofocación; su corazón latía apresuradamente, y érale preciso guardar cama; pero levantábase curado, más alegre y fuerte que nunca, dispuesto á comenzar otra vez y con entera confianza en el vigor de su constitución.

La vizcondesa acabó por notar la repugnancia de Gilberto á continuar semejante género de vida, y dispensóle del servicio de acompañar á su esposo. Por lo demás, Blanca era feliz entonces; en sus últimas excursiones de fin de otoño, Pedro había ganado una suma importante y, como para la mayor parte de las mujeres, el buen éxito era para ella un argumento sin réplica. Su esposo, pues, no hacía mal en agitarse tanto, ocupándose solamente de caballos, puesto que ofrecían la probabilidad de obtener semejantes ganancias. Al fin llegó el invierno y las ausencias del vizconde dejaron de ser tan frecuentes.

La vida en el castillo fué entonces muy retirada; la familia se reunía para distraerse en las largas veladas, y deslizábanse las horas en más estrecha intimidad. La buena inteligencia para conseguir un fin dado y el mismo pensamiento dominante en la vizcondesa y en Gilberto para arrancar á Pedro de sus desórdenes establecían entre los dos, durante aquellas noches, dulces y misteriosas relaciones. Blanca y Gilberto se comprendían con una mirada, y la menor frase tenía para ellos significaciones que pasaban inadvertidas para los demás.

La vizcondesa se ocupaba con la señorita de Sainte Severe en labores de aguja; mientras que los niños se revolcaban en la alfombra á su alrededor. El padre Souchón iba todas las noches á jugar su partida con la marquesa, y una vez terminada, la anciana, que seguía madrugando, comenzaba á dormitar junto á la chimenea, sin que la molestasen los gritos de los niños ni el rumor de las conversaciones. Entonces comenzaba la discusión entre el cura y Gilberto sobre asuntos teológicos.

El sacerdote, grueso y de pequeña estatura, distinguíase por su expresión inteligente y sus sencillas costumbres casi humildes, y salvo la glotonería, reconocíanse en él todas las virtudes de su estado; tenía un carácter muy benévolo y habíanle dado el sobrenombre de «vicario de la marquesa.» Esta última era en rigor el verdadero párroco, pues resolvía soberanamente sobre los asuntos de la parroquia. Habíale conocido de niño en una de sus granjas, observó en el chico felices disposiciones, interesóse por él, é inclinóle á seguir la carrera del sacerdocio. Más tarde le reclamó al obispo para el curato de Mareuil, al morir su predecesor; y puesto así en contacto con el mundo, aquel hijo de aldeanos se pulimentó, pero sin que se desarrollara su inteligencia, pues fuera de su catecismo no tenía noción de muchas cosas. Cuando supo que Gilberto se ocupaba de la historia de los papas, creyó que era alguna apología y no dudó de su celo piadoso; pero mejor informado después, la tibieza del panegirista le extrañó un poco. Por esto entablaba á menudo discusión sobre materias de fe y de filosofía.

– ¿Pero cómo explica usted, dijo una vez, que el mundo se haya hecho por sí solo?

Advierta que yo no explico nada, señor cura...

Gilberto se guardaba de atacarle de frente delante de las personas que les oían, pues había reconocido muy pronto que en nuestro tiempo la alta sociedad y la nobleza hacen de la religión causa propia, y que atacar el dogma es como perjudicarlos en sus intereses y atentar contra sus bienes. Sin embargo, á pesar suyo, algunas veces iba demasiado lejos y entonces empeñábanse interesantes debates, en los que la señorita de Sainte-Severe y hasta Blanca de Cabrol acudían en socorro del pobre cura casi derrotado.

Pedro, sin tomar parte alguna en la discusión, de pie en medio de la sala, con las manos en los bolsillos del pantalón, limitábase á estimular á Gilberto con una sonrisa, fijando en él sus ojos brillantes y muy satisfecho de sus contestaciones. Había dejado poco á poco en Saint-Cyr y en el regimiento, así como en el período en que hacía ostentación de su fortuna, toda la provisión de buenos preceptos que le habían inculcado los padres de Estanislao, y tenía afligidas á aquellas señoras con su completo descuido de las prácticas religiosas. Esquivábase siempre de ellas cuando iban el domingo á la iglesia de Mareuil á oir misa, acompañadas de la anciana marquesa, que se hacía llevar en coche. En tales días, Pedro se despertaba tarde, y excusábase diciendo que tenía jaqueca.

En ciertas ocasiones el rumor de las voces aumentaba de tal modo, que la marquesa se despertaba, y entonces, á fin de cortar la palabra á Gilberto, Blanca, que había echado de ver las consideraciones que á su abuela guardaba para conservar sus simpatías, exclamaba á manera de conclusión:

– ¡En resumen, el señor de Maujeán es un incrédulo!

– No lo creo, decía la marquesa, que no había oído ni una sola frase de la discusión. ¡Es demasiado buen muchacho para eso!

Algunas noches, hallándose todos reunidos, cuando el viento silbaba sordamente, introduciéndose por el cañón de la chimenea, y cuando la nieve se arremolinaba fuera del castillo, oíase de repente á los perros ladrar, la verja giraba sobre sus goznes y percibíase el rumor de pisadas de caballos en el pavimento del patio.

– ¡Ahí está Bagrassand!, exclamaba Pedro. Sólo él es capaz de venir á tales horas y con semejante tiempo...

Gilberto y él se precipitaban hacia el vestíbulo y entreabrían la puerta del patio: era, en efecto, el conde de Bagrassand, seguido de dos picadores, cuyos caballos relinchaban impacientes á la luz de las linternas.

El conde entraba riéndose de su escapatoria, con el rostro hinchado á causa del frío, y su espesa barba negra moteada de partículas de nieve; sentábase un momento en el vestíbulo, mientras que el ayuda de cámara le quitaba la pelliza y las polainas forradas de piel, y después de preguntar dónde estaban las señoras, presentábase á ellas con su irreprochable levita que tan bien sentaba á su arrogante y hermosa figura. Al verle aparecer, todas le saludaban con exclamaciones de sorpresa y alegría. Tal vez le hubiera agradado más que nada permanecer en el salón, hablando con la marquesa, con Blanca de Cabrol y con la señorita de Sainte-Severe; mas Pedro le conducía pronto á otra pieza donde había siempre una inmensa estufa encendida, y allí hablaban de caballos, carreras, apuestas, etc., fumando y bebiendo. Gilberto, obligado á permanecer en su compañía, procuraba reprimir sus bostezos, esperando con impaciencia á que se decidiesen á volver al salón.

Si la tempestad redoblaba, invitaban al conde á dormir en el castillo; hacíase de rogar un poco; pero al fin consentía, quedándose también el padre Souchón.

Cuando volvió la primavera, las salidas de Pedro comenzaron de nuevo y la vida en el castillo fué menos retirada.

Gilberto saludó alegremente la vuelta de los días largos, como si con cada sol sintiera renacer sus esperanzas; y la vizcondesa parecía experimentar análoga impresión. Habíala visto triste durante el invierno, con el brillo de sus ojos velado algunas veces, la mirada distraída y con cierta dejadez que parecía enervarla. Ahora, la sonrisa entreabría de nuevo sus labios; sus ojos, al fijarse en Gilberto, brillaban con expresión misteriosa; parecía más enérgica y más joven y como atormentada por el deseo de sacudir el exceso de vida que había en ella.

Salían juntos é iban á pasear por los alrededores, conquistando así día por día, casi sin darse cuenta de ello y sin que á nadie pudiera chocarle, por lo mismo que se hacía insensiblemente, la mutua libertad con que se trataban. Pedro hubiera sido el último en extrañarse de ello y el único también que habría tenido derecho para mostrarse sorprendido; mas, por otra parte, casi siempre estaba ausente.

La vizcondesa de Cabrol comprendía que nada debía temer. Si sospechaba el amor de Gilberto – estas cosas no escapan apenas á la penetración femenina, y él había cometido suficientes imprudencias para descubrirse, – también tenía como una intuición de que este amor se había calmado y de que Gilberto



Aficionado Pedro á los caballos, é inteligente en esta materia, vió en ello un negocio de grandes ganancias

se contentaba con vivir constantemente cerca de ella. Por eso mostraba la mayor confianza durante aquellos paseos, en los cuales Gilberto no se propasó nunca á decir ni hacer nada que pudiese desvanecer aquella idea de seguridad.

Poco á poco, sin embargo, comenzaron á ser más atrevidos, y sus excursiones se prolongaban á mayor distancia: en el camino por donde iban había una granja inhabitada, una especie de cobertizo abierto, donde se detenían cuando les sorprendía el mal tiempo, y que habían bautizado con el nombre de «estación del descanso;» algunos troncos de árboles derribados servían de asiento, y aquel lugar era el término de su excursión cuando no se proponían ir muy lejos.

Cierto día dejaron muy atrás la granja abandonada, y después de dar la vuelta á varias colinas, franquearon la última, que dominaba todo el país; sentáronse sobre el césped, y mientras tomaban aliento dejaron vagar sus miradas por los alrededores. Las montañas que al Norte interceptaban el horizonte, entreabríanse frente á ellos, y desde el sitio donde se hallaban podían ver alguno de los vallecitos que entre los montes se abrían y los picos que sobre los mismos se elevaban. En uno de éstos, en el más alto, distinguíase vagamente, contrastando por su blancura con el fondo negro de la roca, una construcción cuadrada.

Gilberto, orientándose poco á poco, acabó por reconocer el campanario de la Fonfreyde, aquel pueblecillo perdido en las últimas cumbres, donde había vivido su abuelo. Era preciso que desde aquel momento estuviese bien seguro de que nada le rebajaría ya á los ojos de la vizcondesa de Cabrol, pues al señalarle desde lejos la aldea, no vaciló en hablarle del compadre Maujeán, aquel que no sabía leer.

Entonces la vizondesa le pidió informes sobre su familia, cosa que no había hecho nunca. Gilberto se extendió en muchos detalles, refiriéndose al matrimonio de su madre, aquella mujer tan bondadosa, que después de soñar con la nobleza, se casó con el sustituto Maujeán; también habló del padre de este último, que era intendente; y así llegaron á descubrir que aquella familia extinguida, en cuyos negocios entendió este último, estaba emparentada con la vizcondesa. Refirióse igualmente al propietario de la granja de la llanura de Chatillón, que fué el primero en tomar posesión de aquel suelo y que en un principio habitaba allí removiendo la tierra con sus manos.

La vizcondesa escuchaba con el interés que se presta á la lectura de una novela, y en aquel instante parecíale á Gilberto que era para ella uno de esos héroes que borran con el prestigio de sus aventuras la vulgaridad de su origen. Sentía renacer en él la fuerza de todos aquellos hombres que le habían precedido. legándole con su sangre su sana inteligencia, el equilibrio de su salud física y moral, y en aquella sangre había en aquel instante tal ardimiento por el sacrificio, tanta sed de abnegación, que no le costaba nada humillarse ante la descendiente de los antiguos señores de la Fonfreyde, él, nieto de uno de sus siervos.

Las miradas de la vizcondesa se habían fijado en el lejano campanario, y durante un minuto observóle con expresión meditabunda.

—Será preciso que vaya á visitar ese lugar, dijo al fin levantándose.

—¿Qué... no conoce usted ese caserío cuyo nombre lleva?, preguntó Gilberto. ¿No ha estado usted allí nunca?

—Jamás.

Con esto volvieron á tomar el camino del castillo. Hubiérase dicho que entonces, conociendo ya los secretos de Gilberto y juzgándole mejor, su intimidad se acrecentaba. Estas confidencias habían excitado en ella el deseo de hacer otras semejantes, y habló largamente de todo su parentesco. Hizo mención de algunas alianzas desiguales y recordó varios lunares, como para igualarse con Gilberto, impulsada por un sentimiento generoso, suponiendo tal vez que con tales confesiones suprimía las distancias, aproximándole más á ella.

De este modo, Gilberto hacía diariamente nuevos progresos en su trato con la vizcondesa, señalándose para él cada hora con una nueva felicidad. La vida era dulce para él, fácil de sobrellevar y sentíala deslizarse sin sacudida en una embriaguez uniforme. Si el amor ideal existe, si es una pasión pura, despojada de la fiebre de los sentidos, éralo el sentimiento que entonces experimentaba. Y hubiera pasado su vida cerca de la vizcondesa contemplándola y oyéndola, complaciéndose en su sonrisa sin pedirle nada; pero las cosas no debían quedar así.

...presentábase á ellas el conde con su irreprochable levita

Cierta tarde habían salido como de costumbre, y siguiendo la línea de los cerros llegaron al punto que domina el camino de Blatigny, cortando el puente del Herblette. Sentados sobre la hierba, al abrigo de un grupo de encinas que coronaban aquella cumbre, veían la inmensa llanura que se desarrollaba á sus pies, con sus grandes cuadros de tierra rojiza unos, que el arado acababa de surcar, y teñidos de verde otros, en los cuales ondulaban las espigas de trigo. También atraían sus miradas las prolongadas líneas de álamos que flanqueaban las corrientes de agua. Más cerca de ellos, en el camino de ordinario desierto, veíanse algunos aldeanos que iban ó venían del mercado que se celebraba todos los lunes; hacía un día hermoso, y la atmósfera estaba serena, aunque algo caldeada por uno de esos soles de abril cuyos rayos se deslizan suaves como la seda y acarician con su tibio calor. Blanca, con el rostro animado por la agitación del paseo y regocijada sin duda al observar tanta alegría á su alrededor, hablaba mucho, sin fijarse al parecer en el éxtasis que su vista producía en Gilberto. Apoyado en un árbol, á un paso de ella, contemplábala en silencio; jamás la había visto tan hermosa ni tan de cerca, en plena luz y hasta hubiera podido contar los granitos de su piel.

De repente, Blanca se interrumpió para escuchar el ruido de un carruaje que bajaba por el camino de Mareuil y que no tardó en aparecer. Entonces reconocieron á Pedro en su cabriolé inglés, aquel vehículo de dos grandes ruedas, sin capota ni alero, que él mismo conducía cuando iba solo á Blatigny.

Su presencia no les sorprendió, pues habíanle dejado en el castillo, donde se quedó aquel día contra lo que acostumbraba, y ya se disponían á llamarle agitando alegremente sus pañuelos cuando pasara cerca; pero llegado á un cruce del camino, en vez de dirigirse hacia Blatigny, lanzó su caballo por la derecha.

(Continuará)



El conde entraba riéndose de su escapatoria con el rostro hinchado por el frío...

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS MICROBIOS DE LA TIERRA

El doctor Cartaz ha publicado recientemente en *La Nature* un artículo acerca de los microbios, dando á conocer á esos pequeñísimos seres que pululan en el aire y en el agua. Por nuestra parte, y como complemento de los estudios llevados á cabo por tan distinguido microbiólogo, nos proponemos consignar algunas observaciones respecto de otros organismos que pueblan otro elemento no menos importante, cual es la tierra.

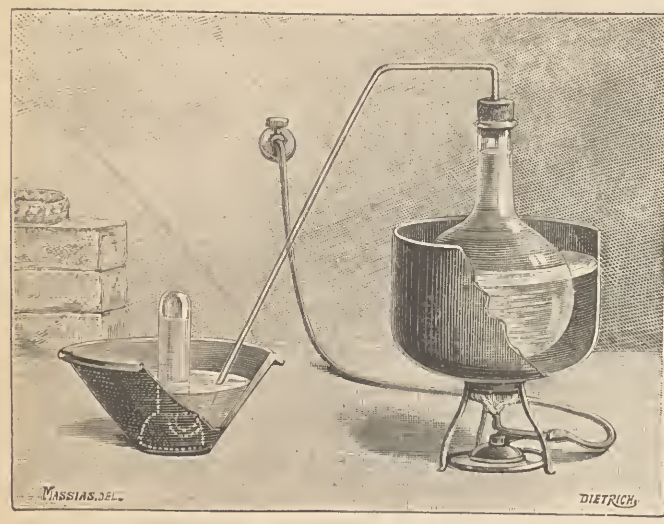


Fig. 1. Experimento de MM. Dehérain y Maquenne para demostrar la presencia del fermento butírico en la superficie terrestre

Ante todo, preciso es preguntar si es cierto que la superficie de la tierra contiene microorganismos. No es dudosa la contestación, ya que para formularla sin reparo basta diluir en un vaso de agua una pequeña partícula de tierra, observándose entonces con el auxilio del microscopio y entre los residuos orgánicos y minerales una multitud de seres más ó menos complejos que se mueven con mayor ó menor rapidez. Un autor alemán, M. Reimers, ha calculado que cada centímetro cúbico de tierra puede contener muchos millones de gérmenes. Y si bien es cierto que algunos de ellos no han sido estudiados todavía, siéndonos desconocido el cometido que desempeñan, en cambio hállanse perfectamente determinadas las funciones de otros. Un procedimiento muy sencillo, cual es la reproducción del experimento de MM. Dehérain y Maquenne, bastará para demostrar la presencia del fermento butírico en la tierra.

En una gran retorta cuya capacidad sea aproximadamente de 3 litros (fig. 1) introdúcense 100 gramos de azúcar de caña, 100 de creta en polvo y otros 100 de tierra de jardín, llenándose de agua por completo. Tápase herméticamente con un tapón provisto de un agujero, por el que pasa un tubo abductor que termina en una cubeta llena de agua. Hay que tener en cuenta que el tubo no debe pasar de la línea que el tapón marca en el cuello de la retorta. Dispuesto así el aparato, sométese la retorta á un baño-maría, procurando sostener la temperatura de 35 á 40 grados por medio de una lamparilla de espíritu de vino colocada debajo del recipiente destinado al baño, ya que dicha temperatura es la más á propósito para el desarrollo de las bacterias butíricas.

A las treinta horas empieza la fermentación, hierve el líquido de la retorta hasta que al cabo de algunos días calma la efervescencia. Entonces los gases recogidos en la cubeta de agua por el método comúnmente empleado en los laboratorios, compónense de una gran cantidad de hidrógeno mezclado en pequeña proporción de ácido carbónico. Para demostrar la exactitud del experimento basta introducir dentro de una de las campanas que contienen gas un pedacito de potasa cáustica, agitando después la probeta, que deberá taparse con la mano en su extremo libre. Al descubrir la campana dentro del agua, podrá observarse desde luego que aquélla asciende sólo hasta cierta altura, resultando, si se repite dos ó tres veces el experimento, que el ácido carbónico contenido en la campana ha sido absorbido por la potasa. Si entonces se aproxima la probeta á una llama cualquiera, inflámase el gas que queda, produciéndose una llama de tono pajizo, característica de la existencia del hidrógeno.

Examinado con el auxilio de un poderoso microscopio el líquido contenido en la retorta, percíbense distintamente las bacterias que afectan la forma representada en el grabado n.° 2, que constituyen el fermento butírico. Abandonado el experimento durante algunos días, podrá notarse al cabo de ellos la completa desaparición del azúcar y la presencia en cantidades ya considerables de ácido acético y ácido butírico.

Además de estos microbios engendradores de esta clase de fermentaciones existen en la tierra microbios patogénicos verdaderamente terribles en ciertas y determinadas circunstancias. Figuran en primera línea en el número de esos seres tan microscópicos como peligrosos los que sirven de germen al carbunclo, la septicemia, el tétanos y la fiebre tifoidea.

El carbunclo, cuya etiología ha sido tan inteligentemente estudiada por M. Pasteur y sus colaboradores Chamberland y Rous, es una de las enfermedades más terribles que pueden aquejar á los animales y aun al hombre. Hoy por fortuna, y gracias á los estudios de los sabios que acabamos de citar, ha llegado á ser rara la dolencia, pudiendo esperarse su completa desaparición. Conocíase desde larga fecha que la propagación del carbunclo debíase á la existencia de un microbio especial, pero ignorábase el modo ó forma como se propagaba. M. Pasteur ha demostrado que la causa de la propagación se debía principalísimamente á la longevidad de los gérmenes. Y tal es así, según afirma el ilustre doctor, que si se entierra un animal muerto á consecuencia del carbunclo en una hoya de uno á dos metros de profundidad, cubriéndola después de tierra, se hallarán á su alrededor durante un período de muchos años bacterias carbunclosas, comprendiéndose sin esfuerzo que los animales que pasten en terrenos así abonados pueden contraer igual dolencia. Por eso, cuando se desconocía la causa productora de semejante azote, designaban los campesinos á determinados lugares con el nombre de *campos malditos*.

Sorprenderá quizás que siendo la tierra un poderoso filtro, permita que los gérmenes suban á la superficie. M. Pasteur ha demostrado que esta acción débese á los gusanos de tierra, que son en cierto modo los vehículos del fermento carbuncloso. Hállanse, en efecto, las bacterias del carbunclo en los pequeños cilindros de tierra fina que los gusanos arrastran á la superficie y que las lluvias disuelven. Precisa, pues, evitar el enterramiento de los animales muertos á consecuencia del carbunclo en terrenos destinados á pastos para ganado lanar ó bien para forrajes. Para evitar la propagación de los gérmenes bastará enterrar á los animales carbunclosos en una tierra arenisca ó calcárea, poco húmeda é impropia para la vida de los gusanos de tierra, ó bien, conforme aconseja M. Aimé Girard, tratar el cuerpo del animal por el ácido sulfúrico, que ofrece la ventaja de transformarlo al cabo de algún tiempo en verdadera masa informe, á modo de negra papilla, que puede combinarse con los abonos, entre ellos los fosfatos, á propósito para extenderlos por la superficie.


Fig. 2. Fermento butírico visto con el microscopio

La tierra cultivada encierra, como hemos ya dicho, la bacteria de la septicemia de M. Pasteur y el bacillus del tétanos de M. Nicolaier. M. Verneuil ha demostrado que en los animales inoculados con esta tierra virulenta desarróllanse de un modo terrible la septicemia gangrenosa y el tétanos, y M. Macé ha demostrado á su vez que la tierra contenía bacillus tífico.

La circunstancia de contener la tierra microbios patogénicos, ha sido aprovechada por los salvajes de las Nuevas Hébridas (Oceanía) para envenenar sus flechas.

Por lo expuesto se desprende que la tierra encierra multitud de seres microscópicos, algunos de los cuales son verdaderamente peligrosos y la mayor parte de ellos poco conocidos. Así, pues, cuando se halla seca la tierra y el viento levanta nubes de polvo, precisa preguntarse si entre esos millares de partículas suspendidas en la atmósfera hállanse gérmenes bastante poderosos para producir enfermedades como las que acabamos de mencionar. Aunque la cuestión no ha sido todavía bien estudiada, ha de sernos permitido suponer, en vista de la multiplicidad de ejemplos, que dichos gérmenes en tal estado tórnanse inofensivos.

Y tal es así, que actualmente viértese en la que pudiéramos llamar isla de Geunevilliers una gran parte de las aguas sucias y albañales de París, á cuya circunstancia debe sin duda su transformación en fertilísimo jardín, y aquellas aguas contienen un número incalculable de microbios, cuya mayor parte son el germen de enfermedades tan peligrosas como el cólera, tifus, etc. Viértense en la isla unos 50.000 metros cúbicos de aguas sucias por hectárea de terreno, y por esta cifra puede calcularse la enorme cantidad de microorganismos que quedan en la superficie de la tierra.

Si se realizaran los peligros que pueden temerse por la propagación de las enfermedades, habríase observado un aumento de mortalidad en los habitantes de Geunevilliers; mas por fortuna, y á pesar de que hace veinte años que reciben esta semi-inundación, no ha aumentado el número de las defunciones. Esto no obstante, y aunque tal cuestión no ha sido resuelta todavía, puede afirmarse que los microbios que después de haber sido depositados en la superficie de la tierra han sido secados por los vientos, no son en manera alguna peligrosos para la salud.

Por último, además de los seres que hemos citado, contiene la tierra otros fermentos ó bacterias que funcionan de distinta manera y que desempeñan un papel importante desde el punto de vista de la fisiología vegetal. M. Berthelot ha probado por medio de acertados experimentos que la tierra podía retener el ázoe atmosférico por la intermediación de determinados microorganismos. M. Breal publicó en esta revista un estudio acerca de las bacterias de las leguminosas que, como es sabido, tienen la propiedad de asimilar el ázoe del aire atmosférico. En conclusión, la tierra encierra igualmente el fermento nitrificador, á propósito del cual nuevos é interesantes experimentos acaban de llevarse á cabo.

A. HEBERT

(De *La Nature*)

***

INFLUENCIA DE LA LUZ EN LOS FENÓMENOS DE LA VEGETACIÓN

La influencia que ejerce la luz sobre los vegetales es tan manifiesta, que merece lamentarse no se tengan en cuenta sus efectos las más de las veces y sí únicamente aquellos que se producen por el calor. La decoloración de las plantas colocadas en sitios ó lugares obscuros ha sido demostrada por la ciencia, y preciso es tener en cuenta que este fenómeno no es absolutamente independiente del calórico. En las plantas que exigen mucho cultivo la acción lumínica no es menos evidente que en las demás, según se desprende de los interesantes trabajos practicados por Sanssure, Boussingault, Dehérain, Grandeau, Aimé Girard, etc. Despréndese de dichos experimentos que los efectos de la luz determinan mayores resultados en la calidad que en la cantidad de los productos. Tal es así, que en los veranos en que el sol no lanza sus abrasadores rayos con la intensidad propia de la estación, las remolachas distínguense por sus menores condiciones sacarinas y las patatas producen menos fécula.

M. Pagnoul, director de la estación agronómica de Arras, ha hecho últimamente interesantes estudios, dignos de ser conocidos. Después de haber demostrado que basta una semiobscuridad para contener el desarrollo de la remolacha y de la patata, dificultando la extracción del azúcar y de la fécula, emprendió sus ensayos con el trébol y otros vegetales. Este último, plantado el 18 de abril último en cuatro vasos de asperón, conteniendo cada uno de ellos veinticinco kilogramos de tierra homogénea, pesaba cada ejemplar el 22 de mayo siguiente de sesenta á ochenta miligramos.

Los tres primeros vasos cubriéronse con campanas de cristal de diferentes tonos. La primera incolora, violada la segunda y negra la tercera, quedando al descubierto el trébol del cuarto vaso. Colocáron-

se las campanas ó fanales, de manera que suspendidas á cierta altura, permitían la libre circulación del aire por debajo de cada una de ellas, así es que la obscuridad no era completa ni aun en la campana negra. Durante el experimento se procuró obtener una temperatura igual.

El 11 de junio las plantas fueron pesadas y cortadas, dando el siguiente resultado: al aire libre, 228 gramos; bajo la campana incolora, 135; bajo la violada, 80, y bajo la negra, 24.

El ázoe nítrico fué calculado en dichas plantas con la difenilamina y la cantidad de ázoe total por el método ordinario, obteniéndose por cada millar no desecadas:

	Ázoe		
	Total.	*Nítrico.*	*Orgánico.*
Al aire libre.	0'310	0'000	0'310
Bajo la campana incolora.	0'321	0'004	0'317
Id. íd. violada. .	0'372	0'140	0'232
Id. íd. negra. .	0'417	0'130	0'278

Así, pues, en las plantas expuestas á la completa acción de la luz resulta casi nula la proporción del ázoe nítrico, siendo considerable en aquellas que no gozaron de igual ventaja. Para el ázoe orgánico fueron inversos los resultados. Tórnanse enormes estas diferencias si se calcula, teniendo en cuenta el peso total de las plantas recolectadas, la cantidad total de este ázoe orgánico, ó sea del ázoe que debe abandonar la forma nítrica para adoptar la forma protaica, es decir, penetrar en los tejidos vivientes del vegetal.

Al aire libre, 0'697; bajo la campana incolora, 0'428; bajo la violada, 0'185, y bajo la negra, 69.

Igual experimento llevóse á cabo con las remolachas, después de haber sido rociadas con una disolución de nitrato de soda, dejándose algunas de ellas bajo la acción directa de la luz, otras colocáronse bajo un cobertizo y otras cubriéronse con campanas ó fanales de cristal negro.

El 6 de agosto procedióse á la extracción del ácido nítrico, que produjo la cantidad en miligramos consignada á continuación:

	En las raíces.	*En las hojas.*
A plena luz.	10	0
Bajo el cobertizo.. . . .	140	200
Bajo la campana negra.. .	175	200

Así obtuvo M. Pagnoul por la acción de la luz los nitratos arrastrados en las hojas por el movimiento ascendente de la savia, que se transformaron seguidamente. Estas sales en la obscuridad acumúlanse en las hojas y en las raíces, conteniendo su transformación, resultando de ahí un alto en el desarrollo de la planta y por ende en la producción de las materias que aquélla debe producir, constituídas por el azúcar en el precedente experimento y por la fécula en la patata.

ALBERTO LARBALÉTRIER
Profesor de la Escuela de Agricultura de Pas-de-Calais

(De *La Nature*)

EL CUADRO DE LA «SANTA ISABEL»

DE MURILLO

Hace algunos meses que la Hermandad de la Santa Caridad de Sevilla reclamó del Estado la entrega del cuadro de la *Santa Isabel* de Murillo, apoyándose en cierta clase de consideraciones que se estimaron inatendibles en el informe emitido por la ilustre Academia de San Fernando, á instancia del señor ministro de Fomento.

Hay que tener en cuenta que desde hace algún tiempo se repiten las reclamaciones con sobrada frecuencia. Unas veces se trata de ciertos tapices á los que se cree con derecho determinada comunidad de religiosas, ó bien el *Cristo* de Velázquez, el *Triunfo de la Iglesia sobre la Sinagoga*; y á este paso, si se atendieran, ó quedarían vacíos nuestros Museos ó las rentas de la Nación deberían destinarse, durante algún tiempo, al pago de obras que se suponía que á ella pertenecían.

Parece ser que el celebrado cuadro de Murillo fué regalado al mariscal Soult por la susodicha Hermandad durante el período de la guerra de la Independecia, yendo á parar á Francia, de donde fué devuelto á la caída de Napoleón, en unión de algunas, no todas, de las obras de arte que nos arrebataron los soldados del emperador.

Con motivo del informe de la Academia, suscrito por D. Pedro Madrazo, el que lo es correspondiente Sr. Gómez Imaz ha tomado la defensa de la Hermandad, viéndose obligado el Sr. Madrazo á publicar una carta en las columnas de *El Heraldo*, dirigida al director del periódico madrileño, de la que nos permitimos reproducir los siguientes párrafos:

«Me brinda V. con las columnas de su acreditado periódico, como campo de honor donde pueda yo esgrimir mis armas. Agradezco su galantería, y acaso la aprovecharé si, bajo la hermosa divisa de *La Caridad*, no descubro alguna pasioncilla ajena á la santa casa que se supone comprometida. El estilo del paladín oculto me hará ver su cara, y si se confirma mi sospecha, no me molestaré trabando con él un combate estéril para *La Caridad* y para el Arte. Tómelo como quiera: e amigo desleal é ingrato que se disfraza para herirme, sólo me inspira desprecio.

»...Por ahora, y hasta que vea el lujoso folleto de la Hermandad de Sevilla, de afectadito sabor arqueológico en su forma, con su colofón en punta, según me lo pinta el señor Araujo, no puedo juzgar de alcance de las razones que en e terreno de nuestra falta de derecho para seguir poseyendo el cuadro de *Santa Isabel* alega mi impugnador en contra de unas aseveraciones como las mías, deducidas de documentos oficiales y auténticos, y por lo mismo, de fuerza probatoria incontrastable y contundente.

»...Paréceme, por de pronto, que aun dando de barato que ese bellísimo cuadro, hoy manzana de nuestra discordia, no hubiese sido nunca donado por la Hermandad de Sevilla al mariscal Soult, ha de mirarse mucho el Gobierno antes de alterar el actual estado posesorio y de dar al traste con el respetabilísimo derecho que engendra la prescripción, no sin causa llamada por los antiguos *patrona generis humani* y *finis sollicitudinum*, para adjudicar el hijo á la desnaturalizada madre que le maltrató, arrancándolo de los brazos de la mujer amante y solícita que lo acogió, le crió á sus pechos y lo enalteció hasta despertar la envidia de la madre criminal. Cualquier gobierno prudente y previsor que pare mientes en la lamentable historia de esos preciosos cuadros de *La Caridad*, y tenga presente el miserable estado en que vinieron á Madrid en tiempo del rey intruso los otros lienzos del mismo hospital *El agua de la peña* y *El milagro de pan y peces*, comprenderá, por el trato que de la Hermandad de Sevilla recibieron estos hermanos de la *Santa Isabel curando á los enfermos pobres*, cuál hubiera sido la suerte de esta joya hoy tan extemporáneamente disputada, á no haber sido encomendada su conservación, al regresar del Museo del Louvre, al inteligente celo de la Real Academia de San Fernando.»

Veremos al fin cómo se resuelve este asunto, que entraña verdadera importancia, ya que se trata de la conservación de obras de nuestros primeros maestros.



DORADORAS, cuadro de D. Manuel Cusi. (Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 3 de agosto de 1891 — Núm. 501

EL BURLADOR BURLADO, *por Padrós*



1



2



3

PASEO EN BICICLO, *por Godefroy*

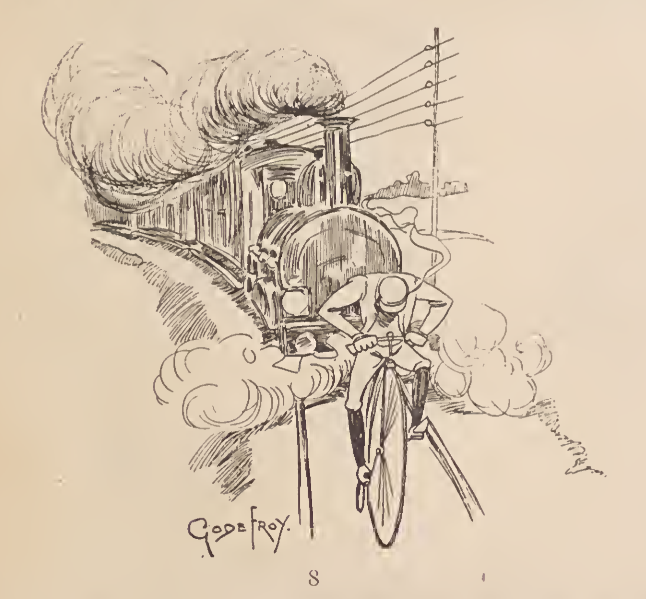


1 2 3 4 5 6 7

(Continúa en la pág. IV)

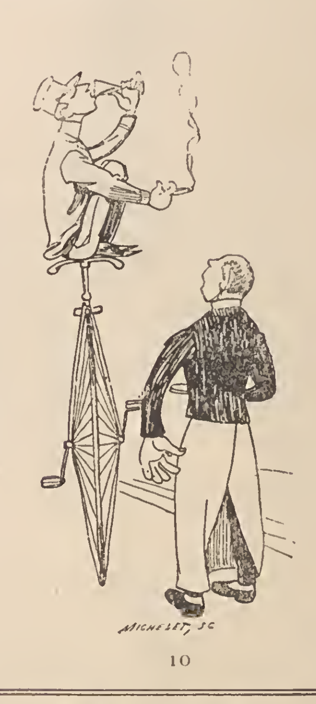
(Véase la pág. III)

PASEO EN BICICLO, *por Godefroy*



8


9


10

